

CALENDARIO-DIRECTORIO DEL AÑO LITÚRGICO

2019

Ciclo Dominical C Ciclo Ferial

Año impar

CON LOS PROPIOS DE LAS DIÓCESIS DE ESPAÑA,

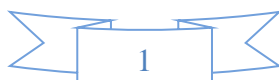
DEL ORDINARIATO CASTRENSE,

DE LA PRELATURA DEL OPUS DEI

Y DE DIVERSAS COMUNIDADES MONÁSTICAS Y RELIGIOSAS



Barcelona, 2018



En la introducción del Calendario se dice:

"En el respeto fiel a esta riqueza de la liturgia, el nuevo Calendario se abre también a la **novedad**. Para subrayar la centralidad del domingo en la vida de nuestras parroquias y comunidades cristianas se presenta una *introducción* a cada uno de los domingos del año litúrgico y un breve *apunte mistagógico* sobre las lecturas en su contexto litúrgico.

La nueva maquetación a dos colores trata de hacer más legible y práctico el contenido. Se ha hecho, también, una revisión exhaustiva de todo el contenido y datos del Calendario, subsanando en lo posible diversos errores y repeticiones. Y, además, se ha actualizado la referencia a las páginas del *Misal Romano* y de los diversos leccionarios en correspondencia con la nueva edición oficial de la *Conferencia Episcopal Española*.

Un gran trabajo para facilitar a todos los que lo usen, no solo la preparación práctica de cuanto se necesita en la celebración, sino la preparación personal y comunitaria para entrar en la celebración litúrgica y descubrir, en sus gestos y en sus textos, el insondable misterio pascual de Jesucristo, que nos recrea y renueva por la fuerza de su Santo Espíritu. Este Calendario litúrgico quiere ser algo más que un simple calendario. No se limita a presentar datos prácticos para la celebración litúrgica, sino que aporta otras ayudas para vivir el espíritu de la celebración litúrgica de cada día y de todo tiempo. Podríamos jugar con las palabras diciendo que este “calendario litúrgico” es más “litúrgico” que “calendario”.

La *Fundación Pedro Farnés* no ha escatimado esfuerzos para poner en vuestras manos este valioso material, deseando que sea de inestimable ayuda para vivir el insondable misterio de Jesucristo, actualizado en toda celebración litúrgica “*propter nos et propter nostram salutem*”.

Aurelio García Macías

Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

Vivimos en un tiempo santo

Cuando S. Pablo habla del nacimiento de Jesús, el Hijo de Dios, lo sitúa en "*la plenitud de los tiempos*" (Gal 4,4). El Padre, con la Encarnación de su Hijo Jesús, se ha introducido en la historia del hombre y ha santificado el tiempo. Gracias a la venida de Jesús a la tierra, el tiempo humano, iniciado en la creación, ha alcanzado su plenitud. En efecto, "la plenitud de los tiempos" es sólo la eternidad, mejor aún, aquel que es eterno, es decir, Dios. Entrar en la "plenitud de los tiempos" significa, por lo tanto, alcanzar el término del tiempo y salir de sus confines, para encontrar su cumplimiento en la eternidad de Dios. En el cristianismo el tiempo tiene una importancia fundamental. Dentro de su dimensión se crea el mundo, en su interior se desarrolla la historia de la salvación, Dios nos salva en el tiempo, que tiene su culmen en la "plenitud de los tiempos" de la Encarnación y su término en el retorno glorioso del Hijo de Dios al final de los tiempos. En Jesús, el tiempo llega a ser una dimensión de Dios, que en sí mismo es eterno. Con la venida de Cristo se inician los "*últimos tiempos*" (Hb 1,2), la "*última hora*" (1 Jn 2,18), se inicia el tiempo de la Iglesia que durará hasta la parusía, la venida última del Señor al final de los tiempos. De esta relación de Dios con el tiempo nace *el deber de santificarlo*. Es lo que se hace cuando se dedican a Dios determinados tiempos, días o semanas. En la Vigilia pascual mientras se bendice el Cirio que simboliza a Cristo resucitado, se dice: "*Cristo ayer y hoy, Principio y Fin, Alfa y Omega. Suyo es el tiempo y la eternidad. A El la gloria y el poder por los siglos de los siglos*". Cristo es el Señor del tiempo, su principio y su cumplimiento; cada año, cada día y cada momento son abarcados por su Encarnación y Resurrección. El año solar está traspasado por el Año litúrgico.

Liturgia viva, 28.

Para preparar bien la celebración.

PRECEDENCIA DE LAS CELEBRACIONES CUANDO EN UN MISMO DÍA COINCIDEN VARIAS DE ELLAS

DOCUMENTO ESPECIALMENTE IMPORTANTE Y DE USO PRÁCTICO Y FÁCIL:

La nueva edición típica de *Liturgia horarum* reproduce en su volumen I los documentos *actuales y vigentes*. Entre estos *documentos* vigentes, como era de esperar, hay uno que, figura en cada uno de los volúmenes de la *Liturgia Horarum*. Tiene por título *Tabla de los días litúrgicos según el orden de precedencia*. La razón de esta repetición en todos los volúmenes de la Liturgia puede tener diversas motivaciones: la coincidencia de una celebración del Propio de tiempo con otra del Santoral; la de una celebración universal con otra local; la de dos celebraciones en el atardecer de un mismo día (I y II Vísperas y Misas vespertinas). Es un documento de muy fácil consulta. En la referida *Tabla* aparecen *numeradas* las diversas categorías de días litúrgicos; cuando coinciden dos celebraciones siempre se celebra la que en dicha *Tabla* figura con un número superior. Si la que debe ceder su lugar es una *solemnidad* se traslada al día libre más próximo; las dos Vísperas coincidentes, las I y II se celebran también según el orden numérico de la citada *Tabla*. Si la celebración que debe ceder su día a otra superior no es *solemnidad* sino sólo *fiesta* aquel año se omite. Hay que tener presente también que la *Tabla* distingue entre solemnidades de la Iglesia universal y solemnidades locales; en caso de coincidencia de una solemnidad universal con una solemnidad del Calendario local siempre tiene primacía la solemnidad universal sobre la local.

TABLA DE LA PRECEDENCIA DE LOS DÍAS LITÚRGICOS

1. Triduo pascual de la Pasión y Resurrección del Señor.
2. Natividad del Señor, Epifanía, Ascensión y Pentecostés.
Domingos de Adviento, Cuaresma y Pascua. Miércoles de Ceniza.
Semana Santa, desde el lunes al jueves, inclusive. Días de la Octava de Pascua.
3. Solemnidades del Señor, de la Santísima Virgen María y de los santos inscritas en el Calendario general.
Commemoración de todos los fieles difuntos.
4. Solemnidades propias, a saber:
 - a) Solemnidad del patrono principal del lugar, sea pueblo o ciudad.
 - b) Solemnidad de la dedicación y aniversario de la dedicación de la iglesia propia.
 - c) Solemnidad del título de la iglesia propia.
 - d) Solemnidad: o del título, o del fundador, o del patrono principal de la Orden o Congregación.
5. Fiestas del Señor inscritas en el Calendario general.
6. Domingos del tiempo de Navidad y del tiempo ordinario.
7. Fiestas de la Santísima Virgen María y de los santos inscritas en el Calendario general.
8. Fiestas propias, a saber:
 - a) Fiesta del patrono principal de la diócesis.
 - b) Fiesta del aniversario de la dedicación de la iglesia catedral.
 - c) Fiesta del patrono principal de la región o provincia, de la nación o de un territorio más extenso.
 - d) Fiesta: o del título, o del fundador, o del patrono principal de la Orden o Congregación y de la provincia religiosa, quedando a salvo lo prescrito en el número 4.
 - e) Otras fiestas propias de alguna iglesia.
 - f) Otras fiestas inscritas en el Calendario de cada diócesis o de cada Orden o Congregación.
9. Las ferias de Adviento desde el día 17 al 24 de diciembre, inclusive.
Días de la Octava de Navidad.
Las ferias de Cuaresma.

10. Memorias obligatorias inscritas en el Calendario general.
11. Memorias obligatorias propias, a saber:
- a) Memorias del patrono del lugar, de la diócesis, de la religión o provincia, de la nación de un territorio más extenso, de la Orden o Congregación y de la provincia religiosa.
 - b) Otras memorias obligatorias propias de alguna iglesia.
 - c) Otras memorias obligatorias inscritas en el Calendario de cada diócesis, o de cada Orden o Congregación.
12. Memorias libres, que aun en los días señalados en el número 9 se pueden celebrar, pero según el modo peculiar descrito en las Ordenaciones generales del Misal romano y de la Liturgia de las Horas.
De la misma manera se pueden celebrar como memorias libres de las memorias obligatorias que accidentalmente caigan en las ferias de Cuaresma.
13. Ferias de Adviento hasta el día 16 de diciembre, inclusive.
Ferias del tiempo de Navidad desde el día 2 de enero al sábado después de Epifanía.
Ferias del tiempo pascual desde el lunes después de la Octava de Pascua hasta el sábado antes de Pentecostés, inclusive.
Ferias del tiempo ordinario.

Si en un mismo día concurren varias celebraciones, la Misa o el Oficio se celebra de la que ocupe lugar preferente en la anterior Tabla de los días litúrgicos. Toda solemnidad que sea impedida por un día litúrgico que goce de precedencia se traslada al día más próximo que esté libre de los días inscritos en los números 1-8 de la Table precedente, observando las normas del año litúrgico establecidas en el número 5 de las Normas universales sobre el año litúrgico y sobre el Calendario (cf. Misal romano, p. 102). Las otras celebraciones se omiten aquel año.

Cuando en el atardecer de un mismo día hubieran de celebrarse las Vísperas del Oficio en curso y las primeras Vísperas del día siguiente, prevalecen las Vísperas de la celebración que en la Tabla de los días litúrgicos ocupe lugar preferente; en caso de igualdad, se prefieren las Vísperas del día en curso.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p. 9))

ADVIENTO

Diciembre 2017

El Año Litúrgico empieza donde termina, ya que no tiene fin en sí mismo. Es un ciclo jamás cerrado, abierto siempre y dispuesto de tal manera sabiamente que su final debe coincidir con su principio. La solemnidad de Cristo Rey (propiamente el Domingo 34 del Tiempo Ordinario) termina con el advenimiento del Hijo del Hombre en la parábola del juicio final y empieza el I Domingo de Adviento con anuncio de la venida escatológica del Señor, según el evangelio de Marcos. En uno como en el otro la perspectiva es el Señor que viene en la gloria de su Reino. La Palabra celebrada, escuchada, entregada y orada en los cuatro Domingos de Adviento intensifica en nosotros la gloria del Señor Resucitado, que viniendo en la carne de su humanidad, viene ahora y siempre a nosotros en la gracia del Espíritu Santo y vendrá en la gloria del último día. La Iglesia como esposa desea ardientemente esta venida del Señor y con el Espíritu grita incesantemente: “*Ven, Señor Jesús*”. Viene cuando es celebrado en los Divinos Misterios y a través de las obras que los fieles realizan en orden al crecimiento del Reino y viene para morar en nosotros. Viene para ser amado, conocido y celebrado. Todo el Año litúrgico es signo de una existencia redimida, que tiene su principio, su desarrollo y su plenitud.

En los tres ciclos siempre se da esta estructura: Domingo de la Venida del Hijo del hombre (I), Domingo de la predicación de Juan, el Bautista (II), Domingo del Testigo de la luz (III) y Domingo de la Anunciación a María (IV). El primero se abre con el horizonte de la salvación escatológica, el segundo y el tercero presenta la venida del Señor tal como fue preparada y anunciada por Juan, el Bautista y el IV es siempre en los tres ciclos una “*anunciación*”. En el Ciclo A: el anuncio a José, en el Ciclo B, el anuncio a María, el ciclo C: el anuncio a Isabel.

Corona de Adviento

Antes de la Misa (o en los monasterios e iglesias con oficio coral, antes de las I Vísperas del domingo I de Adviento) se *puede* colocar y bendecir la Corona de Adviento (véase *Bendicional* n. 1235-1242 y III *Recomendaciones*. Si no hay bendición durante el canto de entrada o habiendo terminado éste, el celebrante, o cualquier ministro y fiel designado, puede encender el cirio de la corona y así sucesivamente los demás domingos.

Tanto colocar como bendecir la Corona son recomendables, pero no obligatorios. Si esta bendición se hace antes de la Misa, en la Misa se omite el *Acto penitencial*. El Misal se indican tres formularios para la tercera fórmula del Acto penitencial (p. 436).

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p.31)

DOMINGO I DE ADVIENTO

Isaías invoca Dios: “¡*Ojala rasgases el cielo y bajases!*». También el profeta exclama: “*Somos obra de tu mano*”. Somos arcilla que el Señor “*como alfarero*” siempre puede remodelar.

El apóstol define a los cristianos como “*los que aguardan la manifestación de nuestro Señor Jesucristo*” y en el Evangelio el Señor nos dice que velemos y cumplamos la tarea y misión que Él nos encomienda.

En el Salmo pedimos que Dios haga brillar su rostro sobre nosotros y nos salve, el rostro de Dios se manifiesta en Cristo, nuestro Señor.

El tiempo de Adviento es un tiempo de expectación alegre y piadosa del Señor que viene a nosotros, en la gracia de la Navidad que celebraremos, en sus sacramentos, y al final de la historia en la gloria.

El Año litúrgico comienza con esta exigencia “*Velad*”, permaneced vigilantes.

Navidad es una fecha fija pero nadie sabe de la venida del Señor a nuestra vida y a nuestra muerte.

Es importante la parábola del portero. Nadie puede abandonar el trabajo, la tarea encomendada debe llevarse a cabo. No se trata de custodiar nuestros bienes, sino los del Señor, no trabajamos para nosotros, sino para él; no construimos nuestro reino, sino su Reino. El primer sentimiento del corazón de la Iglesia es la antífona de entrada: “*A ti levanto mi alma*” del Salmo 24.

Mn. Rafael Serra.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p.32)

El Adviento debe ser considerado como un tiempo particularmente apto, para el culto a la Madre del Señor (Beato Pablo VI)

A lo largo de todo el Año litúrgico la Madre de Dios, por su especial participación en el misterio de Cristo, es celebrada con una rica variedad de aspectos. En el tiempo de Adviento, la Liturgia recuerda frecuentemente a la Santísima Virgen. La solemnidad del día 8 de diciembre, en que se celebran conjuntamente la Inmaculada Concepción de María, la preparación radical (*Is 11,1,10*) a la venida del Salvador y el feliz exordio de la Iglesia sin mancha ni arruga. También en los días feriales desde el 17 al 24 de diciembre y, más concretamente, el domingo anterior a la Navidad, en que hace resonar antiguas voces proféticas sobre la Virgen Madre y el Mesías, y se leen episodios evangélicos relativos al nacimiento inminente de Cristo y del Precursor, nos dice Pablo VI, en la *Marialis cultus*, 3. También nos recuerda el Papa como la Liturgia del Adviento, une la espera mesiánica y la espera del glorioso retorno de Cristo al admirable recuerdo de la Madre. Madre e Hijo unidos inseparablemente. Resulta así que este período, como han observado los especialistas en Liturgia, debe ser considerado como un tiempo particularmente apto, para el culto a la Madre del Señor.

Liturgia viva, p. 31.

INMACULADA CONCEPCIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA, PATRONA DE ESPAÑA

Maria, concebida sin pecado original y redimida anticipadamente, es la figura más perfecta y acabada de la Iglesia.

Esta celebra hoy la precedencia y la primacía de la gracia. Es la gracia creadora de Dios que crea el templo de la humanidad de su Hijo, el Arca de la Nueva Alianza.

Ciertamente *“Purísima debía de ser la Virgen que nos diera el Cordero inocente”* (Pref.).

El lo debía hacer, lo podía hacer y lo hizo, (*potuit, deuit, ergo fecit*) según la célebre formulación del beato Duns Escoto.

No olvidemos que la Inmaculada es la primera solemnidad del Año litúrgico con toda la significación que esto conlleva. Primero y antes que todo está el don de Dios, la gracia.

La Iglesia contempla en la bienaventurada Virgen María la santidad que está llamada a vivir y su destino glorioso.

Mn. Rafael Serra.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p.35)

DOMINGO III DE ADVIENTO

Es el domingo “*Gaudete*” por razón de la antífona del Introito (Fil 4, 4b. 5b). También por el color rosáceo de las vestiduras litúrgicas.

La comunidad debe alegrarse siempre en el *Kyrios*, el Señor Resucitado, el motivo único y suficiente es solo éste: “*El Señor está cerca*”.

La espera cristiana de “*Aquél que siempre viene a nosotros*” es alegre. Es una esperanza intrínsecamente gozosa.

La venida del Señor nos concierne a todos, porque nadie puede curarse a sí mismo y todos somos de alguna manera pobres.

Por eso necesitamos el “*Año de gracia del Señor*”. Esta liberación el Señor no la realiza desde fuera, sino desde dentro, desde el Espíritu que nos dará: “*Como el suelo echa sus brotes, como un jardín hace brotar sus semillas*”.

El Evangelio presenta a Juan, precursor del Señor, como “*testigo de la luz*”.

Juan el Bautista, recupera todo el Antiguo Testamento y lo entrega al Mesías. Toda la antigua alianza culmina con la misión del Bautista.

El mensajero es testigo de la Luz y, al mismo tiempo, se convierte en mediación e instrumento de ella.

En el Evangelio escucharemos como Jesús realiza la misión del Siervo del Señor, anunciada en la primera lectura.

Esta palabra del profeta que había quedada indeterminada durante siglos ahora se cumple inusitada en la persona de Jesús.

La presencia del Espíritu es causa de gozo como se anuncia en la segunda lectura. Toda la Iglesia, con el canto de María, exclama: “*Me alegro con mi Dios*”.

La segunda lectura cuyo *incipit* da nombre al domingo, antiguamente se leía en la noche de Navidad, a manera de invitatorio a la alegría de la fiesta.

Mn. Rafael Serra

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p.40)

TIEMPO DE ADVIENTO DESDE EL 17 AL 24 DE DICIEMBRE

El Adviento se intensifica en estos días: la Iglesia ya no está para otra cosa sino para recibir la gloria de la Navidad del Señor.

Se sumerge en un tiempo de estupor remarcado con las célebres antífonas de la O del *Magnificat*. Estas antífonas se recogen en el Leccionario como verso propio al canto del aleluya.

Toda la sinopsis converge en los anuncios inmediatos de la venida del Señor.

Propiamente cada día es una Anunciación del Señor y de su Precursor.

Los cánticos cotidianos del Benedictus y del Magnificat cantan en las dos últimas ferias estos anuncios.

Se prepara el asombro total de la Navidad y de la Epifanía: “*Dios se ha hecho hombre*”. Cada feria es una anunciación del Señor y toda la liturgia se empapa del Señor anunciado, profetizado y esperado.

El Antiguo Testamento llega a su fin para dar paso al Nuevo Testamento.

Determinan este tiempo los prefacios propios de estos días, (el II o el IV de Adviento), también las oraciones del Misal para cada día. Hay que leerlo con atención, meditarlo para descubrir más y más la belleza y la profundidad de la liturgia de la Iglesia que prepara la celebración de la Navidad y de la Epifanía.

El Hijo, cuyo nacimiento esperamos celebrar, es un Hijo deseado por la fe de Israel y por toda la humanidad, sedienta de la revelación del misterio de Dios. La Iglesia en su fe, con analogía mariana, se hace ella misma madre del Señor ya que lo alumbrará en su corazón.

Normas litúrgicas

En la Misa se usa cada día el prefacio II o IV de Adviento (a no ser que se trate de una Misa con prefacio más propio).

En la Liturgia de las Horas se dice el Invitatorio *El Señor está cerca, venid, adorémosle*” y en el Oficio de Lectura, Laudes y Vísperas los himnos son propios de la segunda parte de Adviento.

En Laudes y Vísperas son también propias las antífonas de todos los Salmos y cánticos (se hallan en el interior mismo del salterio).

Todas las memorias de los santos son libres y solo se pueden hacer a manera de conmemoración; si se quiere hacer esta conmemoración se hace de la siguiente manera: en la Misa si se quiere celebrar la conmemoración de algún santo, se sustituye (no se añade) la colecta ferial por la del santo (todo lo demás de la Misa, incluso el color morado, es de feria);

en la **Liturgia de las Horas**, en el Oficio de lectura, después de la segunda lectura y de su responsorio, se *puede* añadir como tercera lectura la del santo con su responsorio; en Laudes y Vísperas después de repetida la antífona del cántico evangélico y de las preces,

puede añadirse a la oración ferial (que se dice sin la conclusión) la respectiva antífona y oración del santo.

Recomendaciones

Para subrayar el carácter más festivo de esta semana de preparación inmediata de Navidad, durante estos días es recomendable:

Usar diariamente la plegaria eucarística III; así se subraya el carácter más festivo de los días que preceden a Navidad.

Emplear vestiduras moradas más festivas y colocar más luces en el altar.

Cantar diariamente el aleluya antes del evangelio.

Durante los días 17-24 pueden usarse indistintamente los prefacios II o IV de Adviento.

No obstante, es recomendable usar el prefacio II (que tiene referencia especial a Juan y a los profetas que anunciaron y prepararon la venida del Señor), los días 17, 18, 19, 23 y 24 y el prefacio IV (que glorifica a Dios en el misterio de María), los días 20, 21 y 22 en los que el evangelio presenta a María (Encarnación, Visitación y Magnificat).

Nota sobre el leccionario del Oficio de Lectura.

Durante esta semana de preparación inmediata a Navidad en el Oficio de lectura se leen fragmentos seleccionados del II Isaías que anuncian la próxima liberación de los desterrados en Babilonia, figura de la libertad que nos aportará Cristo en su nacimiento. La descripción del advenimiento de Ciro y de la destrucción de Babilonia son una sugestiva profecía del advenimiento de Cristo que viene a destruir la muerte y todo mal; el contenido de estas lecturas anima la esperanza de los desterrados y hoy hace esperar, a la Iglesia peregrina, la definitiva liberación por Jesucristo.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p.41).

DOMINGO IV DE ADVIENTO

Se vuelve a proclamar el Evangelio de la Anunciación del Señor. Que se proclamó en la solemnidad de la Inmaculada (también el día 20 en la Misa ferial).

La tradición litúrgica goza de este Evangelio, casi como Evangelio *alpha* y lo utiliza muchas veces durante el año. Por decirlo así, no se cansa de escucharlo.

Es el exordio y preludio de nuestra salvación. Hay que escucharlo como lo que es, la más grande y más bella Buena Nueva “*euangelion*”: “*Alégrate, María, alégrate, Iglesia, el Señor viene a tí*”.

El misterio eterno, escondido en secreto durante siglos, se ha manifestado en el advenimiento del Hijo y por eso siempre la Iglesia, Esposa, debe decir con el Salmo: “*Cantaré eternamente las misericordias del Señor*”.

La Anunciación del Señor es el primer icono de la Santa Trinidad. María es el “*Nobile totius triclinium Trinitatis*”

También toda la esperanza de Israel termina con el humilde “*Fiat secundum verbum tuum*” de la Virgen de Nazaret.

La Anunciación del Señor es una *sacra pagina* de excelsa densidad teológica. Todos los Padres de Iglesia de occidente y de oriente la han predicado como jamás han predicado otra.

La Iglesia quiere recibir al Señor en la gracia de la Navidad con la actitud obediencial de María. Por ser María, la Madre del Señor, toda la Iglesia participará de la fecundidad de María.

Mn. Rafael Serra

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p.46).

Es conveniente proclamar el elogio de la Navidad, al terminar el rezo de Laudes (Martirologio p. 733). Para facilitar su lectura se transcribe aquí:

Elogio de la Navidad del Señor

Pasados innumerables siglos desde de la creación del mundo, cuando en el principio Dios creó el cielo y la tierra y formó al hombre a su imagen; después también de muchos siglos, desde que 687 el Altísimo pusiera su arco en las nubes tras el diluvio como signo de alianza y de paz; veintiún siglos después de la emigración de Abrahán, nuestro padre en la fe, de Ur de Caldea; trece siglos después de la salida del pueblo de Israel de Egipto bajo la guía de Moisés; cerca de mil años después de que David fue ungido como rey, en la semana sesenta y cinco según la profecía de Daniel; en la Olimpiada ciento noventa y cuatro, el año setecientos cincuenta y dos de la fundación de la Urbe, el año cuarenta y dos del imperio de César Octavio Augusto; estando todo el orbe en paz, Jesucristo, Dios eterno e Hijo del eterno Padre, queriendo consagrar el mundo con su piadosísima venida, concebido del Espíritu Santo, nueve meses después de su concepción, nace en Belén de Judea, hecho hombre, de María Virgen: la Natividad de nuestro Señor Jesu- cristo según la carne.(Martirologio Romano).

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p.47).

EPIFANÍA DEL SEÑOR

Si Navidad es un misterio de la intimidad, la Epifanía es un toque de trompetas. Un anuncio. El Hijo que nos ha sido dado está llamado a ser luz para todos los pueblos.

La Epifanía es una de las grandes solemnidades de la Iglesia, resplandeciente de la luz pascual. “*¡Levántate, brilla, Jerusalén, que llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti! Mira: las tinieblas cubren la tierra, y la oscuridad los pueblos, pero sobre ti amanecerá el Señor, su gloria aparecerá sobre ti*”.

La lectura de Isaías es una exaltación de la gloria del Señor que amanece sobre la ciudad santa de Jerusalén. El profeta dice a la Iglesia: “*Levanta la vista en torno a ti, mira: todos éstos se han reunido, vienen a ti: tus hijos llegan de lejos, a tus hijas las traen en brazos*”. Es el misterio de la Iglesia que hoy, radiante de gozo se sabe lugar de encuentro y de unión de toda la humanidad en Cristo.

La Iglesia es y será por todas partes el sacramento del Hijo predilecto del Padre, en sus hijos dispersos por el mundo, que guiados por la estrella de la fe se levantan, se ponen en camino, en una inmensa peregrinaje, para contemplar un día la hermosura infinita de su gloria (colecta) y durante este inmensa peregrinación se manifiestan como heraldos del Señor de la Gloria.

Este es su mensaje: Dios se ha hecho hombre para que el hombre llegue a ser hijo de Dios. Por eso que la Epifanía es realmente una jornada misionera, un inicio una nueva evangelización, que por naturaleza siempre es nueva.

Texto sugerido para meditar el día de la Epifanía

Muéstrate, Señor, date a conocer, Señor,
tal como te mostraste manifestado corporalmente,
nacido de una Virgen, encontrado por unos pastores, conocido por tu fuerza,
declarado por una estrella, adorado con unos dones,
manifestado en el río, creído por la fe, cubierto por la nube, prometido como
juez; que la Iglesia reciba la gracia de esta solemnidad
y los gozos que anuncian estos misterios»

(In Apparitione Domini, Annus secundus, post pridie).

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p.60-61).

DOMINGO: EL BAUTISMO DEL SEÑOR

El Domingo del Bautismo del Señor es el primer Domingo del ciclo ordinario, pero, no sin razón teológica, forma parte del ciclo de la Epifanía y en cierta manera es su conclusión.

Es el inicio y la confirmación de la misión del Mesías. La gloria del Señor se manifiesta en Jesús de Nazaret que se acerca al Jordán y entre los pecadores recibe, Él también, el bautismo de Juan.

El Padre proclama la condición del Siervo de Dios como el Hijo de su predilección: *“Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto”*. Se indica la presencia del Espíritu Santo en la figura de la paloma que busca nido y lugar de reposo en a humanidad de Jesús para permanecer en él.

El Bautismo del Señor se convierte en el inicio del Misterio de la Pascua, Él desciende en el Jordán, el río que vuelve siempre hacía el origen (Salmo 113,3), como símbolo de la humanidad que se sumerge en la muerte para que resucite una humanidad nueva.

La condición del hombre nuevo es ser hijo amado de Dios con la participación del Espíritu Santo, hijos en el Hijo. Su Bautismo prefiguraba el nuestro y por eso la colecta proclama: *“Concede a tus hijos de adopción, renacidos del agua y del Espíritu Santo, perseverar siempre en tu benevolencia”*.

El Mesías es presentado por el testimonio de Juan, pero también por el testimonio del Padre y del Espíritu Santo. El Bautismo del Señor se convierte en el primer icono de la gloriosa y vivificante Trinidad de Dios en la economía salvífica (*ad extra*).

Desde ahora sabemos cual es la condición de Jesús, el profeta procedente del ignoto Nazaret, Él es el Hijo amado de Dios. El Bautismo del Señor es sólo el inicio del Misterio de la Pascua, desde entonces Él se pone a la cabeza de una humanidad pobre y pecadora para conducirla al Padre por el misterio de su Pascua.

Juan anuncia el que bautizará con el Espíritu Santo. El Señor se sumerge en el Jordán y la Santa Trinidad se manifiesta en la voz del Padre y en el Espíritu que a manera del aleteo de una paloma desciende sobre él.

La segunda lectura es fundamental, es el anuncio el kerigma cristiano: Jesús de

Nazaret es el ungido en el Espíritu Santo para liberar a todos los que estaban bajo la dominación del mal. Dios estaba con él. La teofanía del Jordán realiza la profecía del siervo de Señor en la primera lectura y, a la vez, del Salmo que hoy cantamos.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p.61).

TIEMPO ORDINARIO

El tiempo ordinario no es de ninguna manera un tiempo débil o menos intenso en relación a los tiempos que el lenguaje litúrgico actual llama «fuertes» (Adviento, Cuaresma y Pascua).

Que no sea un tiempo fuerte, según la terminología en uso, no significa que sea un tiempo débil, o de menor intensidad.

Los tiempos fuertes no debilitan este período del Año litúrgico. Al contrario: es en la sucesión del ritmo de los Domingos donde se sobreponen los ciclos en los que la Iglesia celebra la Navidad y la Pascua.

La sucesión del primer día de la semana, el Domingo, el día del Señor, constituye lo más determinado y substancial en el culto cristiano.

El ciclo semanal es previo al ciclo del temporal e indudablemente es de tradición apostólica (es lo que la Iglesia ha recibido de su Señor y que ha celebrado siempre y por todas partes (*semper et ubique*)).

La importancia de este período del año para el crecimiento de la vida espiritual cristiana puede vislumbrarse en el hecho de que este tiempo abarca la parte más extensa del Año litúrgico.

Pastoralmente hay que ser muy sobrios y mesurados en la celebración de las jornadas eclesiales (Domund, Octavario de oración por la unidad etc.) que nunca deben desplazar la liturgia dominical. Si se incide demasiado en ellas pueden aparecer como calcomanías puestas sobre los Domingos.

Nos reunimos para celebrar los santos Misterios en el día primero de la semana, según costumbre apostólica. Las referencias a estas jornadas eclesiales encuentran lugar en la homilía, en la monición inicial y en el lugar propio en la Oración de los fieles.

La Iglesia celebra cada Domingo la gloriosa resurrección de Cristo, se reúne el Día del Señor como asamblea (convocada y presidida por Cristo). Una asamblea convocada por el Señor que la saluda en nombre del ministro y le da la paz.

Allí el Señor proclama su Palabra y la Iglesia como Esposa orante, escucha la Palabra y la recibe como lo que es: “*Palabra de Dios*”.

Allí el Señor renueva su oblación pascual en el sacramento eucarístico. Y, luego la

asamblea de los creyentes gozosa, se acerca a la mesa para recibir el Pan de la Vida en el banquete eucarístico.

La celebración dominical no es jamás arbitraria, sino vital para la Iglesia. Acordémonos de la celebre expresión de los mártires de Abitinia: *“Sin reunirnos el Domingo para celebrar la Eucaristía no podemos vivir”*.

La semana cristiana se organiza a partir del Domingo. Lo determinante es la celebración del Domingo como Día del Señor. *“La santa madre Iglesia considera deber suyo celebrar con un sagrado recuerdo en días determinados a través del año la obra salvífica de su divino Esposo. Cada semana, en el día que llamó «del Señor», conmemora su Resurrección, que una vez al año celebra también, junto con su santa Pasión, en la máxima solemnidad de la Pascua”*. (SC102).

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p.63).

LA CUARESMA. LA IGLESIA EN ÉXODO

La Cuaresma es sobretodo un itinerario catecumenal. Sólo desde la clave de la celebración de los sacramentos de la Iniciación, ya sean recibidos (catecúmenos) o renovados (fieles) en la Noche de Pascua se comprende el guión de la disposición del Leccionario, el rezo de los Salmos y la rica eucología del Misal y de la Liturgia de las Horas para este tiempo, realmente fuerte.

Tanto los catecúmenos como los fieles deben participar del Misterio de la Muerte y de la Resurrección del Señor. Es un morir a la condición de la humanidad del primer Adán (destinado a la muerte) y resucitar con Cristo a la vida nueva con la recepción de la gracia y de la vida de Dios,

Esto marca también un itinerario penitencial (conversión personal y comunitaria) que se expresa en el arduo esfuerzo del ayuno, de la limosna y de la oración, como nos invita el mismo Señor al principio de la Cuaresma.

En la liturgia acogemos el don de la conversión. Ésta es siempre un don, jamás un resultado de un esfuerzo voluntarista: *“Conviértenos a ti, Señor y seremos convertidos»* (Lam 5,21).

Cuaresma es un tiempo de penitencia gozosa, ya que convertirse al Señor es siempre una alegría. Es el tiempo de experimentar el hambre de Dios en esta vida (recordando cada día los cuarenta días del Señor en el desierto y por eso ayunamos).

Cuaresma es una continuada súplica de la gracia, tiempo de escuchar la Palabra de Dios y dejarse iluminar intensamente por ella. Todo eso bajo el signo eclesial. Tanto para los fieles como para los catecúmenos. También para los pastores.

La celebración litúrgica, tanto de la Misa como de las Horas, acompaña el camino de la conversión. Una conversión que debe pedir y recibirse como un don.

En nuestra humanidad marcada por el pecado debe emerger la humanidad nueva que nace del Bautismo, sellada por la Confirmación, alimentada por la Eucaristía y reconciliada por la Penitencia.

Debemos rezar unos por otros, darnos la caridad de la oración mutua.

La naturaleza catecumenal queda subrayada en el hecho que el ciclo A de las lecturas dominicales es siempre paradigmático (incluso debe substituir los otros dos ciclos en el caso que la comunidad celebre los sacramentos de la Iniciación cristiana en la noche de Pascua).

Los cinco domingos de Cuaresma presentan a Cristo como *a fortiori* de lo que de él será manifestado en la Noche de Pascua; vencedor del mal, transfigurado en la gloria, agua de vida por el Espíritu Santo, luz del mundo por el mismo Espíritu y resurrección de todos.

Todos los temas cristológicos convergen en la Liturgia de la noche de Pascua.

En la manera como la santa Iglesia lee la Escritura encontramos siempre círculos cada vez más convergentes y concéntricos entorno a Cristo glorificado.

También las primeras lecturas de los domingos cuaresmales evocan los acontecimientos y profecías del pueblo de la fe: creación, Abrahán, Moisés, David, Profetas. Este mismo esquema será reproducido en la liturgia de la Palabra de la Vigila Pascual.

Todo estaba orientado a la resurrección de Cristo y todo recibe luz (incluso lo fragmentado y sin sentido) desde la resurrección de nuestro Señor.

Lo que en Cuaresma se recibe (*traditio symboli*) por Pascua será entregado al mundo (*reeditio symboli*), como caridad, como apostolado, como testimonio e incluso martirio, siempre en el dinamismo del Espíritu Santo.

Cristo lleva a su consumación todas las alianzas, pero todo vuelve a empezar con él, en una alianza nueva y eterna. También universal.

El libro de los Números, el segundo Isaías, los Salmos, Ezequiel, la carta a los Hebreos, presentan la vida de la comunidad mesiánica en éxodo, (también en el retorno del exilio y en la peregrinación anual a Jerusalén) como anuncio de la gran «*panegyris*», como una inmensa y vital reordenación de la humanidad, como una interrumpida procesión litúrgica de todo el pueblo de los redimidos.

Esta peregrinación fue prefigurada en la Pascua del éxodo de Egipto, realizada con la Pascua de Resurrección y será consumada finalmente en el Reino. Todo esto ocurre en una liturgia que se desarrolla por la mediación necesaria de Jesucristo Señor Resucitado y por la continua presencia, vivificante y santificadora el Espíritu de Dios,

Cuaresma es la Iglesia en éxodo, hacia la Pascua, como canta bellamente el Pref. V: “*Tu abres a la Iglesia el camino de un nuevo éxodo. a través del desierto cuaresmal*».

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p.93)

DOMINGO I DE CUARESMA

“Domingo de las tentaciones de Cristo”. El Espíritu empujó a Jesús en el desierto. Allí fue tentado. El relato de las tentaciones del Señor en Marcos es escueto y obscuro.

Al retornar del desierto y habiendo terminado la misión de Juan, Jesús anuncia el Evangelio de Dios. El mismo es el contenido del Evangelio, su propia persona.

El tiempo cronológico se convierte en tiempo de gracia, “*se ha cumplido el plazo, está cerca el Reino de Dios*”.

Hay que acoger el Evangelio, el mismo Señor, en la fe y en la conversión.

Las primeras lecturas de los Domingos de Cuaresma evocan de manera cronológica los momentos de la alianza de Dios con la humanidad; I Domingo: la alianza cósmica en los días de Noé. II Domingo: la alianza de Dios con Abrahán, padre de la fe. III Domingo: la alianza de Dios en los días de Moisés y la entrega del Decálogo. IV Domingo; la destrucción del primer templo y la promesa del retorno. V Domingo: la promesa de la nueva alianza de Jeremías, inscrita no en piedra, sino en los corazones. Las segundas lecturas están escogidas en función de la lectura evangélica, a veces también con la primera lectura.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p.99)

DOMINGO II DE CUARESMA

“*Domingo de la transfiguración del Señor*”. Los discípulos vislumbran la gloria del rostro del Señor y la misión del Mesías en el bautismo del Jordán, recibe su confirmación en la montaña de la transfiguración con la teofanía trinitaria.

La luz de la transfiguración no se proyecta desde fuera de la persona del Señor, sino de su interior.

Los discípulos de momento deben callar: “*No contéis a nadie lo que habéis visto, hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos*” (el secreto mesiánico).

Después de la última transfiguración (la de Pascua) deberán anunciarla en una misión sin límites en el tiempo y en el espacio.

La primera lectura y la segunda lectura forman una unidad: el sacrificio de Abrahán, la impresionante afirmación de la carta a los Hebreos: “*Dios no perdonó a su propio Hijo*”.

La Iglesia en el Salmo canta la voluntad de continuar el camino del éxodo: “*Caminaré en la presencia del Señor, en el país de la vida*”. En la “*tierra de la gracia*” es donde todo germina, crece, florece y da frutos para la vida eterna.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p.103)

DOMINGO III DE CUARESMA

“*Domingo de la purificación del templo*”. El Señor, lleno de celo por la casa del Señor, purifica el templo y con su autoridad proclama que Él reconstruirá el “*templo de su cuerpo*” durante los tres días de su Pascua.

Es un gesto profético (el único violento de su vida). No es baladí el gesto de las palomas liberadas, éstas eran la ofrenda de los pobres como las que llevaban José y María el día de la Presentación.

También se ejercía un monopolio no muy limpio sobre el dinero de los pobres, a los cuales extorsionaban.

El salmista cita directamente el Salmo 68,10. Con este verso empezaba la salmodia del oficio de Tinieblas del Jueves Santo: *Zelus domus tuae*.

Con este acto Jesús anuncia que purificará a la Iglesia con su muerte, resurrección y donación del Espíritu Santo, levantando así el nuevo templo en el Misterio de los tres días.

Las palabras del evangelista: “*El hablaba del templo de su cuerpo*” representan la memoria de los discípulos que desde la resurrección comprenden el significado de la purificación del templo (no olvidemos que es uno de los textos evangélicos propios de la Dedicación de las iglesias).

En la primera lectura (alianza sinaítica) la entrega de las Diez Palabras (Mandamientos) y en la segunda lectura, Pablo declara el contenido de la predicación apostólica: “*Proclamamos a Cristo crucificado, escándalo para los hombres, pero para los llamados, sabiduría de Dios*”.

El bello Salmo responsorial manifiesta la Iglesia enamorada de la Palabra de Dios y de su dulzura. Ella sabe que las Palabras de Dios son vida eterna.

En este Domingo se celebra el primer escrutinio preparatorio al Bautismo de los catecúmenos, que en la Vigilia pascual serán admitidos a los sacramentos de la iniciación cristiana, con oraciones e intercesiones propias.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p.109)

DOMINGO IV DE CUARESMA

“*Dominica Laetare*” Se llama así por el célebre introito: *Laetare Ierusalem* (Is 66,10 - 11) con gozosa y entrañable melodía gregoriana.

Este domingo anticipa el gozo de la Pascua y es como un respiro dentro de la Cuaresma y un preludio de la solemnidad pascual.

Los catecúmenos que querían terminar su preparación para recibir el Bautismo, llamados *competentes*, en esta cuarta Domínica de Cuaresma, según el testimonio de San Agustín en el sermón 213, eran inscritos en el registro o matrícula, de la Iglesia, y en esta ocasión se les daba el nombre espiritual, sin quitárseles el nombre de su familia. Eso tenía y tiene un gran significado espiritual; es el nombre nuevo de una humanidad, nacida en las aguas del bautismo.

La liturgia de la Palabra se proclama la conversación confidencial y nocturna del Señor con Nicodemo, en ésta el misterio de la cruz es anunciado como juicio, bajo el signo prefigurativo de la serpiente misteriosa elevada en el desierto.

Nicodemo sale de noche al encuentro con Jesús para encontrar en él luz.

También de noche la Iglesia encontrará la luz sobre toda en la Noche radiante de Pascua El Padre entrega al Hijo para la salvación del mundo. La cruz será elevada para que “*todo el que crea en él tenga vida eterna*”. Será mirada por todos.

En correspondencia con el Apóstol que dice: “*Estáis salvados por su gracia y mediante la fe*”.

En la primera lectura tanto la ira como la misericordia de Dios se manifiestan en la deportación y liberación del pueblo y su retorno.

El Salmo canta el exilio de los hijos de Dios en la Babilonia de este mundo. Ellos saben que esta no es su patria ni su ciudad.

Los cristianos orientales rezan cotidianamente durante la Cuaresma el Salmo 136 en las grandes Vísperas de la Cuaresma. La Iglesia se siente extraditada y exiliada en este mundo. Reclamada siempre por su Señor.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p. 111)

DOMINGO V DE CUARESMA

“*Domingo del grano de trigo que una vez sepultado, da fruto*”. Jeremías anuncia la nueva alianza y la nueva ley, no escrita ya en la piedra sino en los corazones. Los pecados serán perdonados. Todo eso será realizado por la Pascua del Señor y la gracia de Pentecostés.

Sin embargo el grano de trigo debe ser enterrado, ya que “*Si el grano de trigo cae en tierra y muere, da mucho fruto*”. El discípulo debe llegar hasta ahí; “*El que quiera seguirme que me siga, y donde esté yo, allí estará mi servidor*”, como se canta en la aclamación antes del Evangelio.

El Evangelio de hoy es un prelude de la pasión del Señor (así se ve en la impresionante segunda lectura de la carta a los Hebreos) La humillación del Hijo es su glorificación. Cuando los griegos quieren ver a Jesús, él exclama: “*Ha llegado la hora en que sea glorificado el Hijo el hombre*”.

Las naciones, representadas por esos griegos, todavía no pueden contemplar la gloria del Señor, también para la Iglesia, al final de la Cuaresma y en el antiguo tiempo de Pasión, ha llegado la Hora de participar del Misterio de su muerte y resurrección.

Toda la Iglesia suplica al Señor con el Salmo: “*Oh Dios, crea en mí un corazón puro*”. Este corazón puro lo regalará el Señor en la Noche de Pascua. Para todos, los catecúmenos que recibirán el bautismo y para los fieles que lo renovarán (lo harán nuevo).

Este Domingo en el *Ordo Vetus* empezaba el Tiempo de Pasión y se llamaba Domingo I de la Pasión del Señor. Era el núcleo más antiguo de la preparación para la Pascua y el recuerdo del ayuno de los doce días que terminaba con la comunión eucarística en la aurora de Pascua.

También se velaban las cruces para preparar la solemne ostensión y adoración de la cruz del viernes santo. Como indicios del antiguo tiempo de Pasión queda la obligatoriedad de usar el Prefacio I de la Pasión del Señor y la posibilidad de utilizar ya la himnodia de la Semana Santa en el Oficio.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p. 115)

DOMINGO DE RAMOS EN LA PASIÓN DEL SEÑOR

El Domingo de Ramos es fundamentalmente un Domingo y celebramos, como cada Domingo, la Resurrección de Cristo.

La liturgia de la conmemoración de la entrada de Jesús en Jerusalén en el rito romano está vinculada a la celebración eucarística.

Es la Iglesia que se dispone a acompañar a su Señor y Esposo en la celebración del Misterio de la Pascua. Acompañamos al Señor, rey pacífico y humilde, que entra en la ciudad santa para ofrecer el sacrificio de la nueva alianza en su cuerpo y llevando a plenitud su obediencia al Padre.

Por la historia litúrgica sabemos que en Roma empezaba con una gran sobriedad la Semana Santa, pero los peregrinos medievales (sobretudo de la Galia) participaban en la liturgia festiva de Jerusalén, que empezaba la gran semana con la procesión que desde el monte de los Olivos quería imitar la entrada de Jesús en la ciudad santa.

La costumbre se impuso en occidente y también en Roma. De ahí el contraste litúrgico entre la conmemoración festiva de la entrada del Señor en Jerusalén y la sobriedad de la Misa, centrada ya en los misterios de la muerte y pasión del Señor.

También con el canto de las palabras que el Señor pronunció desde la cruz: “*Dios mío, Dios, por qué me has abandonado*” En el Oficio matinal (Oficio de Lectura y Laudes) se evoca la entrada del Señor a su ciudad para celebrar la Pascua, no así en Vísperas.

La celebración eucarística está marcada con la proclamación de la Pasión del Señor según el evangelio de Marcos. Se caracteriza por la sobriedad con que el evangelista relata la pasión y muerte del Señor.

También por la soledad del Señor en Getsemaní y en la cruz. Los que lo dejaron todo para seguir el Señor, al final lo dejan sólo a él. Judíos y paganos compiten en la humillación y muerte del Señor. Todos lo condenaron, la Iglesia lo abandona y él muere con los Salmos de su pueblo en la boca.

El muere con el “*gran grito*”. Justamente este gran grito es el que conduce al centurión a la profesión de fe.

La proclamación de la Pasión debe ser cuidadosamente preparada y la homilía debe ser breve, pero intensa. A no ser por causas realmente importantes no debe proclamarse el texto breve de la Pasión.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p. 121)

II DOMINGO DE PASCUA *o de la Divina Misericordia*

“Domingo de Tomás”. Jesús se manifiesta de manera gloriosa “*ocho días después*” y trae de su vuelta de la cruz, de la muerte y de los infiernos, la paz.

También entrega a los discípulos (exhalando sobre ellos) el Espíritu Santo y les capacita para el perdón de los pecados.

La comunidad apostólica será siempre *pneumatofora* (portadora del Pneuma divino, del Espíritu Santo) y por eso podrá perdonar los pecados.

La duda de Tomás, su falta de fe, causa que el Señor proclame la última bienaventuranza, la más nuestra: los que sin ver, hemos creído en Él: “*Dichosos los que crean sin haber visto*”.

También la profesión de fe de Tomás es de los puntos culminantes del IV Evangelio: Jesús crucificado y resucitado es Dios: “*Señor mío y Dios mío*”.

Tomás por su falta de fe se había alejado de la comunidad, lo que mantiene la comunidad de fe es la Eucaristía celebrada cada ocho días.

Tal como canta el Salmo: “*Este es el día que actuó el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo*”.

Este Domingo se llamaba en los libros litúrgicos “*Dominica in albis*”, ya que los neófitos se desvestían de la túnica blanca que se les había puesto en la noche de Pascua como signo de que habían sido “*revestidos de Cristo*” en el Bautismo.

La oración colecta es de las más bellas del Misal; se pide “*que todos comprendan mejor qué Bautismo nos ha purificado, qué el Espíritu nos has hecho renacer y qué la sangre nos ha redimido*”. Se mencionan así los tres sacramentos de la Iniciación.

El introito obedece a ésta misma liturgia bautismal; “*Como niños recién nacidos*”.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p. 141)

DOMINGO III DE PASCUA

“*Domingo de la aparición en el cenáculo*”. En los tres ciclos el III Domingo de Pascua se proclama una aparición de Cristo resucitado a los discípulos.

El Evangelio parte del retorno de los discípulos de Emaus y de su llegada a Jerusalén, donde está la comunidad reunida. Allí el Señor se presenta con el don de la paz. Una paz que el Señor nos regaló, que nos pertenece y nada ni nadie nos puede quitar.

Les mostró las manos y los pies», es decir, se manifiesta visiblemente en la identidad de su humanidad. “*Les mostró las manos*”, abriendo los brazos, para recordar su posición en la cruz.

Surge la expresión “*Al tercer día*” que pasará al Credo apostólico más primitivo. Son los tres días, el primero, el de su muerte, el segundo, el de su sepultura, el tercero, el de su resurrección y entrega del Espíritu.

En la primera lectura Pedro proclama el kerigma y Juan, en la segunda lectura anuncia que la muerte de Cristo es redentora.

En el Salmo, la Iglesia esposa canta: “*Haz brillar sobre nosotros, la luz de tu rostro, Señor*”. Es la luz gloriosa que resplandece en el rostro de Cristo resucitado.

En este Domingo el Señor resucitado abraza a su Iglesia con las marcas de su amor, así él nos ha amado.

La Presencia entregada del Señor se recibe “*hoy*” en la comunidad, en la Palabra, en los Sagrados Misterios y en la comunión con los hermanos.

En la colecta la Iglesia se siente renovada y rejuvenecida por la Pascua y en la Antífona de entrada se canta el Salmo 65, uno de los “*Salmos pascuales de la tradición*”, es toda la tierra que debe aclamar al Señor.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p. 146)

DOMINGO V DE PASCUA

“*Domingo de la vid verdadera*”. Estamos enraizados en Cristo, no somos niños abandonados después de nuestro nacimiento.

Estamos vinculados a un origen que nos da fuerza y produce frutos, lo que permite una existencia cristiana útil y llena de sentido.

La palabra fundamental del Señor es la siguiente: “*Permaneced en mi y yo en vosotros*”. Éste es el misterio más íntimo de la Iglesia. Esta sin Cristo no es nada.

Tiene relación con la segunda lectura donde se lee: “*Quién guarda los mandamientos permanece en Dios y Dios en él*”.

Con razón el Salmo canta que el Señor es el motivo de alabanza: “*El Señor es mi alabanza en la gran asamblea*”. Una asamblea injertada en Cristo, como sarmiento a la vid, que recibe vida constantemente de Él por la gracia eucarística, y así se realiza lo mismo que se describe en la primera lectura: “*La Iglesia gozaba de paz (...) Se iba construyendo y progresaba en la fidelidad al Señor, y se multiplicaba con el consuelo del Espíritu Santo*”.

Así debe ser para cada comunidad eclesial.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p. 155)

DIUMENGE V DE PASQUA

“Diumenge del cep veritable”. Estem arrelats en Crist, no som infants abandonats després del naixement.

Estem vinculats a un origen que ens dóna força i produeix fruits, el que permet una existència cristiana útil i plena de sentit.

La paraula fonamental del Senyor és la següent: *“Estigueu en mi i jo en vosaltres”*. És el misteri més íntim de l'Església. Aquesta, l'Església, sense el Crist no és res.

Té relació amb la segona lectura on es llegeix: *“Si complim els seus manaments, Ell està en nosaltres i nosaltres en Ell”*.

Amb raó en el Salm es canta que el Senyor és el motiu de la lloança: *“En el Senyor s'inspirarà el meu himne, el dia del gran aplec”*. Una assemblea empeltada a Crist, com sarment al cep, que rep vida constantment d'Ell per la gràcia eucarística. Així es realitza el que descriu la primera lectura: *“L'Església vivia en pau (...) Així creixia i s'anava edificant, confortada per l'Esperit Sant»*.

Així ha de ser per a cada comunitat eclesial.

(Calendari-Directori Litúrgic de l'Any 2018, Litúrgia fovenda, p.147).

DOMINGO VI DE PASCUA

Como primera lectura se lee la asignada al Domingo VI de Pascua, con su correspondiente Salmo responsorial; en cambio la segunda lectura y el Evangelio pueden ser o bien los de este Domingo VI o bien los correspondientes al Domingo VII.

Con la no muy feliz solución, desde el punto de vista litúrgico, de trasladar la Ascensión del Señor al Domingo, hay que advertir que es grave omitir siempre el VII Domingo de Pascua.

En este Domingo se lee parte de la Plegaria sacerdotal de Jesús. Si se omite la asamblea jamás podrá escuchar este texto importante y decisivo del Evangelio.

Es altamente recomendable leer este año la segunda lectura y el Evangelio del VII Domingo de Pascua. Nadie puede obligar a las asambleas cristianas a no escuchar jamás la oración sacerdotal del Señor, en la cuál, como Sacerdote de la nueva alianza pide epicléticamente al Padre el Don del Espíritu Santo.

Es su *epiclesis* sobre la Iglesia. La oración sacerdotal de Jesús nos introduce en el Misterio de Pentecostés.

La oración de Jesús, llamada "*Plegaria sacerdotal*", es culminante porque se sitúa en el momento (la hora) del tránsito de este mundo al Padre.

En el Evangelio de este ciclo aparece la parte central de esta oración. Nosotros debemos comprenderla como la oración de su éxodo de este mundo al Padre por la muerte y la resurrección. También por su Ascensión y donación del Espíritu Santo.

Y ruega al Padre que no "*nos retire*" de este mundo, ya que igual que Él, "*tampoco nosotros somos del mundo*". La petición de Jesús: "*Conságralos en la verdad*" sólo puede significar nuestra santificación, operada por el envío del Espíritu Santo. Consagrados por la Verdad, (el Verbo y el Espíritu), somos enviados al mundo.

Esto se confirma plenamente en la 2ª lectura: "*En esto conocemos que permanecemos en Él y Él en nosotros: en que nos ha dado el Espíritu*".

Jamás serán separables el amor a Dios y el amor recíproco. La plegaria sacerdotal de Cristo es su anáfora antes de la oblación de su propia persona, Él que, en la cruz, es altar, víctima y sacerdote.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p. 160)

DIUMENGE VI DE PASQUA

Com a primera lectura es llegeix l'assignada al Diumenge VI de Pasqua, amb el seu corresponent Salm responsorial; en canvi la segona lectura i l'evangeli poden ser, o bé els d'aquest Diumenge VI o bé als corresponents al Diumenge VII.

Amb la no molt feliç solució, des del punt de vista litúrgic, de traslladar l'Ascensió al Diumenge, s'ha d'advertir que és greu ometre sempre el VII Diumenge de Pasqua.

En aquest Diumenge es llegeix part de la Pregària sacerdotal de Jesús. Si s'omet l'assemblea mai podrà escoltar aquesta text important i decisiu de l'Evangeli.

És altament recomanable llegir aquest any la segona lectura i l'Evangeli del VII Diumenge de Pasqua. Ningú pot obligar a les assemblees cristianes a no escoltar mai l'oració sacerdotal del Senyor, en la qual, com a Sacerdot de la nova aliança demana epiclèticament al Pare el Do de l'Esperit Sant.

És la seva *epiclesi* sobre l'Església. La pregària sacerdotal de Jesús ens introdueix en el Misteri de Pentecosta.

La pregària sacerdotal de Crist és la seva anàfora abans de l'ofrena de la seva pròpia persona, Ell que, a la creu, és altar, víctima i sacerdot.

La pregària de Jesús, anomenada "*Pregària sacerdotal*", és culminant perquè se situa en *l'hora* del trànsit d'aquest món al Pare.

A l'Evangeli d'aquest cicle apareix la part central d'aquesta oració. Nosaltres hem de comprendre-la com l'oració del seu èxode d'aquest món al Pare, per la mort i la resurrecció. També per la seva ascensió i donació de l'Esperit Sant.

Jesús demana al Pare que no ens tregui del món, sinó que siguem preservats del Maligne, ja que igual que ell, "*tampoc nosaltres som del món*". La petició de Jesús: "*Consagreu-los en la veritat*" només pot significar la nostra santificació, operada per l'enviament de l'Esperit Sant.

Vet aquí que consagrats per la veritat, (el Verb i l'Esperit), som enviats al món.

Això es confirma plenament a la 2ona lectura: "*Un senyal per a saber que estem en Ell i Ell en nosaltres és que ens ha fet el do de compartir el seu Esperit*".

Mai seran separables l'amor a Déu i l'amor dels uns pels altres. Justament en aquest fragment de sant Joan hi ha la més alta i més cristiana definició: "*Déu és amor*". Si se suprimeix les lectures d'aquest diumenge la comunitat s'ha de resignar a no escoltar mai aquestes paraules.

(Calendari-Directori Litúrgic de l'Any 2018, Litúrgia fovenda, p.152).

DOMINGO VII DE PASCUA

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

El Domingo de la Ascensión del Señor debe ser solemnizado máximamente, puesto que la Ascensión del Señor proclama el artículo de la fe: *Sedet ad dexteram Patris*.

La humanidad está glorificada en Él, tiene sitio cabe a Él.

Por la Ascensión Aquél que vino “nudus” ha vuelto al Padre vestido de nuestra humanidad. Ahora El es nuestro cielo!

Estar con Cristo es estar en el cielo ya!

En el Evangelio, según Lucas, de este Ciclo no puede pasar desapercibido que durante la ascensión, el Señor, “*levantando las manos los bendijo*”.

La bendición de Cristo es el Espíritu Santo.

¿Quién no recuerda el sermón de San Agustín: “*Mientras El está ahí, sigue estando con nosotros; y nosotros mientras estamos aquí, podemos estar ya con Él, allí! El realiza aquello con su divinidad, su poder y su amor; nosotros, en cambio, aunque no podemos llevarlo a cabo como Él en la divinidad, si que podemos con el amor si va dirigido a El*” (Sermón de San Agustín sobre la Ascensión del Señor). Y con su gloriosa Ascensión tenemos la certeza (¡oh bienaventurada certeza!) que donde nos ha precedido Él, que es nuestra cabeza, esperamos llegar también nosotros como miembros de su cuerpo” (Colecta).

Aunque sabemos que “*no se ha ido para desentenderse de nuestra pobreza, sino que nos precede el primero como cabeza nuestra, para que nosotros, miembros de su Cuerpo, vivamos con la ardiente esperanza de seguirlo en su Reino*” (Prefacio I de la Ascensión).

El Señor volverá y todo lo que hemos sembrado con lágrimas, lo recogeremos entre cantos de alegría. Y el gozo será indecible.

Y los pobres de nuestro Señor serán reivindicados y los que han sido los primeros en este mundo, cuando El venga, serán los últimos.

La Iglesia será finalmente santificada y presentada sin mancha al Padre (Ef 5,27).

La III edición del Misal Romano ha enriquecido esta solemnidad con la Misa de la Vigilia propia.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p. 165)

DOMINGO DE PENTECOSTÉS

Pentecostés es la plenitud de la celebración de Pascua. Es la Pascua consumada y continuada.

Pentecostés es el último día de la fiesta, el día que hace cincuenta después de Pascua. El último día es la memoria del Don del Espíritu Santo.

Los santos Padres enseñan que Cristo ha sufrido pasión y muerte y ha resucitado para entregarnos el Espíritu.

Santo Tomás dice que dando al Espíritu Dios no da un don inferior a si mismo, sino que se entrega a si mismo.

El Espíritu convoca la Iglesia, la une en la diversidad y le entrega los dones de unidad, de la santidad y de la apostolicidad.

Desde el primer Pentecostés Cristo, Eterno Sacerdote es quien invoca incesantemente el Espíritu sobre la Iglesia y el es el artífice de los sacramentos.

De la misma manera que vivifica el pan y el vino para que sean el Cuerpo y la Sangre del Señor, vivifica el libro de la Escritura para que sea Palabra viva para nosotros.

Dentro de nosotros, en el corazón mismo de cada creyente, es agua impetuosa que dice: “*Ven hacia el Padre*” (S, Ignacio de Antioquia).

Por Él entramos y formamos parte de la comunión trinitaria, ya en este mundo, aunque todavía no se ha manifestado la gloria de los hijos de Dios.

Más todavía, la liturgia es la obra conjunta del Espíritu y de la Iglesia.

Sin el Espíritu no hay liturgia cristiana. El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones (Rom 5,5). Este mismo amor nos lleva siempre a los pobres, no sin razón, la secuencia invoca al Espíritu como “*Padre de los pobres*” (*Pater pauperum*).

En el Evangelio relata la presencia del Señor resucitado en medio de la comunidad apostólica.

El Señor de la gloria que se manifiesta con las marcas de su pasión y que comunica a los suyos la paz. La paz de un mundo reconciliado con Dios en su persona.

Más todavía: Él que murió entregando su espíritu al Padre, ahora espira el Espíritu los discípulos, lo exhala sobre ellos, como una nueva creación; desde ahora la comunidad apostólica será *pneumatofora*, portadora del Espíritu y por eso podrá perdonar los pecados.

Este Espíritu no actúa sólo en el interior de la comunidad. Actúa hacia lo exterior (en el relato del primer Pentecostés) para que la Iglesia, impulsada por el Espíritu se abra al mundo y predique que Jesús es el Señor.

Desde el primer Pentecostés siempre es Pentecostés en la casa de la Iglesia. Allí donde los hombres confiesan que Jesús es el Señor el Espíritu es regalado (*ubi*

ecclesia, ibi Spiritus) y este mismo Espíritu enriquece al Cuerpo de Cristo con una gran abundancia de dones y carismas, así lo enseña san Pablo en la segunda lectura,

Texto sugerido para orar

Ven, luz verdadera.

Ven, vida terna. Ven, misterio oculto.

Ven, tesoro sin nombre. Ven, realidad inefable. Ven, persona inconcebible. Ven, felicidad sin fin.

Ven, luz sin ocaso.

Ven, espera infalible de todos los que deben ser salvados. Ven, despertar de los que están acostados.

Ven, resurrección de los muertos.

Ven, oh poderoso, que haces siempre todo y rehaces y transformas por tu solo poder.

Ven, oh invisible y totalmente intangible e impalpable.

Ven, tú que siempre permaneces inmóvil y a cada instante te mueves todo entero y vienes a nosotros, tumbados en los infiernos, oh tú, por encima de todos los cielos.

Ven, oh Nombre bien amado y respetado por doquier, del cual expresar el ser o conocer la naturaleza permanece prohibido.

Ven, gozo eterno.

Ven, corona imperecedera.

Ven, púrpura del gran rey nuestro Dios.

Ven, cintura cristalina y centelleante de joyas. Ven, sandalia inaccesible.

Ven, púrpura real.

Ven, derecha verdaderamente soberana.

Ven, tú que has deseado y deseas mi alma miserable. Ven tú, el Solo, al solo, ya que tú quieres que esté solo.

Ven, tú que me has separado de todo y me has hecho solitario en este mundo.

Ven, tú convertido en ti mismo en mi deseo, que has hecho que te deseara, tú, el absolutamente inaccesible.

Ven, mi soplo y mi vida.

Ven, consuelo de mi pobre alma.

Ven, mi gozo, mi gloria, mis delicias sin fin.

De San Simeón, el nuevo teólogo.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p. 171 ss).

TIEMPO ORDINARIO

Los Domingos del Tiempo ordinario deberían ser motivo para profundizar en la Liturgia de la Iglesia y como decía el bienaventurado Juan Pablo II, terminada ya la reforma litúrgica, ha llegado el momento de dar primacía a la profundización cada vez más intensa en la Liturgia” (JUAN PABLO II, *Vicesimus quintus*, 4).

La comunidad eclesial debe saber realmente lo que hace cuando celebra los Sagrados Misterios. Sabe en primer lugar que se reúne en obediencia a la Palabra del Señor y cada Eucaristía es una manifestación del Señor de la gloria y humildemente acoge su presencia.

Presidida por aquel que por el ministerio del orden se ha identificado con Cristo de tal manera que puede desear la paz del Señor Resucitado y luego como en la Sinagoga de Nazaret todos los ojos están puestos en El Señor que proclama la Palabra.

Abrimos el Libro de la Vida y escuchamos las palabras del Señor. Las escuchamos como palabras dichas para nosotros, como relatos abiertos que nos incluyen.

El cristiano conoce, ama y vive tanto la Palabra del Señor que él mismo debe formar parte del paisaje y del paraje del Evangelio.

No es sin sentido que nos ponemos de pie para escuchar el Evangelio y cantamos el aleluya, para significar que lo que vamos a escuchar es la Palabra del Señor viviente.

El p. Raniero Cantalamessa escribe que entre la biblia en sí y la biblia proclamada y acogida durante la celebración eucarística se da la misma diferencia que entre una página de música escrita y una página de música ejecutada (cf. *Parola e vita*, II, Roma 1996, p. 336).

Y las bellas expresiones de San Gregorio: la Palabra de Dios es glorificada cuando ésta es predicada, y orada, y sobretudo cuando la Palabra de Dios es vivida y germina en el corazón.

El don inestimable de la Palabra divina, las riquezas inagotables que esconde, la necesidad que de ella tiene el hombre como luz de su camino y alimento de la vida espiritual, la dificultad que su inteligencia limitada encuentra frente a la sabiduría infinita que habla en esas páginas, hacen necesario el esfuerzo sincero, el empeño generoso en el estudio y en la meditación de las mismas.

Es entonces que la experiencia del predicador es gratificante, si su predicación no busca el protagonismo, si realmente adquiere el tono del buen pastor que enseña pacientemente los Misterios del Reino, conciente de la limitación de su palabra y del don de Dios que es el único que puede hacer germinar la Palabra, que es el mismo

Cristo en nosotros.

Una comunidad simplemente orante y gozosa de abrir el Libro de la Escritura. Y el Espíritu sopla siempre cuando se leen las Escrituras, y es Él que permite que las palabras de la predicación sean vivas y los significados de la Escritura adquieran un relieve infinito, siempre nuevo, como un relieve infinito de montañas, hacia un horizonte abierto siempre.

Esto implica hasta que punto los lectores deben ejercer el ministerio, ¡con unción y preparación! Hasta que punto la predicación debe ser preparada y debe nacer de la oración ardiente y de la contemplación de la Palabra.

Esto nos dice hasta que punto la Liturgia de la Palabra debe ser realizada con el máximo respeto. Durante esta Liturgia nada debe distraer. Sólo hay el canto gozoso del Salmo y la atención pura.

Durante la celebración de la Palabra debemos permanecer a los pies de Jesús, como María escuchándole, y sabiendo que las palabras que escuchamos son nuestra vida y para la Vida.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p. 175).

LA SANTÍSIMA TRINIDAD

El Domingo de la Santísima Trinidad, después de las solemnidades pascuales, intensifica lo que fundamentalmente hacemos todos los Domingos: glorificar al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo.

Con la Resurrección de Cristo el Padre ha revelado al Hijo, y el Hijo ha revelado al Padre y nos ha entregado el Espíritu que procede de ambos, para introducirnos en la comunidad de vida y amor subsistente.

La Iglesia se asombra del Misterio del Dios Uno y Trino, (en Unidad de substancia y distinción de Personas divinas, como se canta en el Prefacio).

Este Domingo, como indica el canto de entrada, es profundamente doxológico, adorador, contemplativo.

Profesamos la fe bimilenaria de la Iglesia en la Santa y Beatífica Trinidad, del único Dios que subsiste consubstancialmente en la Unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La más alta expresión de esta glorificación es el canto de la doxología de la plegaria eucarística.

La antífona de la comunión es la clave de todo: *“Como sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: “Abba, Padre””*.

Recordemos que durante la Misa se cantan tres doxologías: la doxología (*Gloria in excelsis*), la doxología del Sanctus y la doxología del final del Canon (*Per ipsum*) con el Amén de la asamblea.

En el Oficio escuchamos la predicación de san Atanasio que expone la doctrina de la Trinidad con estas palabras:

“Como la gracia se nos da por el Padre, a través del Hijo, así también no podemos recibir ningún don si no es en el Espíritu Santo, ya que, hechos partícipes del mismo, poseemos el amor del Padre, la gracia del Hijo y la comunión del Espíritu Santo”.

Y en el mismo Oficio se encuentra la antífona: *“El Padre es amor, el Hijo es gracia, el Espíritu Santo es comunión, oh santa Trinidad”*.

La solemnidad de la Santísima Trinidad se celebra para toda la Iglesia universal desde el año 1334 y los textos son, en gran parte de Alcuino de York, del siglo IX.

Texto sugerido para meditar el Domingo de la Trinidad

“Celebramos los Misterios en los que solemos participar, frecuentemos la Acción de gracias, adoremos al Padre, confesemos al Hijo por medio del Espíritu, glorifiquemos su Unidad, sigamos el camino de la paz; y convertidos en un solo corazón por medio de quien es Uno y en el Uno, desde la única iglesia hagamos resonar la gloria: al ingénito Padre por medio del Unigénito, en el único Espíritu Santo, gloria, poder y honor ahora y siempre y por todos los siglos de los siglos. Amén”.

De apostolis et fidei de Eusebio de Emesa

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p. 180).

EL SANTÍSIMO CUERPO Y SANGRE DE CRISTO

En el Ciclo B las lecturas de la solemnidad son una intesa referencia al misterio del Cáliz y de la Preciosísima Sangre del Señor.

En el Evangelio la narración de la institución de la Eucaristía según Marcos, El Señor como, a los discípulos, nos encarga una cierta preparación de la mesa eucarística, pero el protagonista es Él y sólo Él.

Es Jesús quien realiza lo completamente imprevisible y grandioso, toma pan ordinario y dice: *“Esto es mi cuerpo”*. Y aún más incomprensible que lo primero, toma el cáliz, y dice: *“Esta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por muchos”*.

Anticipa así el derramamiento de la sangre en la cruz. Remite al origen de la primera alianza en el Sinaí, tal como escuchamos en la primera lectura.

La antigua alianza se consuma cuando el Mediador definitivo aparece ante el Padre *“con su propia sangre”*. Así expía los pecados de la humanidad y sella una alianza nueva.

El derramamiento de sangre de los sacrificios, presente en todo el Antiguo Testamento, culmina y se realiza en Él, *“en virtud del Espíritu eterno”* (Hb 9,14).

El Señor nos ha dejado su sacrificio no únicamente para recibirlo sino para actualizarlo sacramentalmente: *“Haced esto en memoria mía”*.

El Salmo confirma que las lecturas versan en este ciclo sobre el misterio del Cáliz: y así la Iglesia canta: *“Alzaré la copa de la salvación, invocando tu nombre”*.

Un detalle precioso de la actualización sacramental se encuentra en el Canon romano, cuando en las palabras previas a la consagración del cáliz se dice: *“Del mismo modo, acabada la cena, tomo este cáliz glorioso”* (*praeclauum calicem*).

Tanto la Misa como el Oficio fueron compuestos por santo Tomás de Aquino. Reclamamos la atención sobre el segundo responsorio del Oficio: *“Reconoced en el pan al mismo que pendió en la cruz; reconoced en el cáliz la sangre que brotó de su costado. Tomad, pues, y comed el cuerpo de Cristo; tomad y bebed su sangre. * Sois ya miembros de Cristo. V. Comed el vínculo que os mantiene unidos, no sea que os disgreguéis; bebed el precio de vuestra redención, no sea que os despreciéis”*.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p. 185).

DOMINGO X DEL TIEMPO ORDINARIO

Con este Domingo empezamos la segunda serie de Domingos del tiempo ordinario hasta llegar al Adviento.

En estos Domingos no se celebra ningún aspecto particular del Misterio de Cristo sino que celebramos el Misterio fundamental: la gloria de su Resurrección.

Reencontramos la lectura de Marcos en el pasaje en el cual Jesús fue a casa de Simón Pedro con sus discípulos, donde se reúne una gran concurrencia de gente para escucharle.

La casa de Cafarnaún se había convertido en la nueva sinagoga. Dos acusaciones se dan contra Jesús, la de los escribas que le dicen que tiene un espíritu inmundo y la de los familiares que van a buscarlo porque dicen que no está en sus cabales.

Jesús responde a ambas acusaciones diciendo que la obra que Él realiza pertenece al Padre y a la presencia del Espíritu de Dios en Él. Por eso la blasfemia contra el Espíritu Santo es imperdonable.

Cuando actúan los hombres su acción puede ser criticada e incluso se puede perdonar todo, pero el que se opone a la actuación del mismo Dios, se condena a sí mismo.

Al mismo tiempo Él crea la nueva comunidad, que ya no tiene nada que ver con la carnal: los que cumplen la voluntad de Dios son su familia.

El apóstol habla a su vez de la *“inmensa e incalculable carga de gloria”* reservada a los que asumen la cruz del Señor casi con una ley de proporcionalidad en relación a ésta.

El Salmo *De profundis*, *“Desde lo hondo a ti grito, Señor”* después del relato del Génesis referente al engaño de la serpiente y a la humanidad caída, expresa la situación de ésta sin la gracia de Cristo y la asamblea canta alegre: *“Del Señor viene la misericordia, la redención copiosa”*.

Los Padres siempre han contemplado en *“la aurora que los centinelas esperan”* el alba de Pascua.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p. 190).

DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO

“Domingo del grano de mostaza”.

El Salmo canta: *“Es bueno dar gracias al Señor y tocar para tu nombre, oh Altísimo; proclamar por la mañana tu misericordia y de noche tu fidelidad”.*

La Iglesia celebra cada día, mañana y tarde, la misericordia y la fidelidad del Señor con la celebración de las Horas Santas de Laudes y Vísperas. Sabe que *“es bueno darte gracias, Señor”.*

La Eucaristía, que significa antes todo, Acción de Gracias y es el centro vital de cada domingo.

Los cantos y la salmodia de la Iglesia en la liturgia matutina y vespertina nos hacen presentir el Reino de Dios. Ya que *“mientras habitamos en el cuerpo, estamos desterrados lejos del Señor”*, tal como dice el Apóstol en la segunda lectura.

Así mismo escuchamos: *“Caminamos en la fe no en la visión”* y tampoco vemos cómo el Reino de Dios crece.

Con las parábolas minimalistas, el Señor nos enseña que el Reino es de Dios, no nuestro. El sabe la medida y los tiempos de su Reino. También sus leyes de crecimiento.

Esto no significa que el hombre no deba hacer nada (tiene que preparar la tierra y sembrar), pero la cosecha es de Dios. Pero es una cosecha en beneficio del hombre.

Esta es la enseñanza tanto de la primera como de la segunda parábola.

Lo único visible de Dios en este mundo es la santa Cruz, el árbol que el Señor ha plantado en la *“cumbre de un monte elevado”* (primera lectura). En este árbol todos se cobijan (como los pájaros del cielo en la parábola).

Este texto inspira el himno *Crux fidelis inter homnes, arbor una nobilis*. En la Iglesia todo crece bajo el signo de la cruz.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p. 194).

LA NATIVIDAD DE S. JUAN BAUTISTA

Juan, hijo de Zacarías, de familia sacerdotal.

El precursor, debe ser visto como el dedo que señala de manera permanente al Señor como “*Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*”. Como el que asume los pecados de todos los hombres sin cometerlos y llevarlos a la Cruz para destruirlos.

El profeta Juan es el que invita a todos a ser discípulos del Señor. Juan Bautista es también el que recupera todo el Antiguo Testamento y lo entrega a Jesús, el Señor. En este sentido el mismo Juan asume tipológicamente la figura de los profetas (Jeremías e Isaías) como se propone en la primera lectura.

En razón a su misión como los profetas e incluso con más razón fue santificado desde el seno de la madre.

Él, casi como María, anuncia el misterio de la Iglesia como la que predica al Señor, no a sí misma. Es el Señor quien tiene que crecer.

Con razón se celebran ambos nacimientos, el de Juan y el de María y en el iconostasio oriental forman la *deisi* (intercesión), ambas figuras flanquean la imagen del Pantocrátor, presidiendo la intercesión del Antiguo y de Nueva Testamento.

Su nombre encabezó la lista de los santos, antes del de los apóstoles en el Canon. Su nacimiento pertenece ya a los misterios de la encarnación del Señor y nos introduce en su grandeza (véase el contenido de la oración sobre las ofrendas y la poscomunión).

La tradición de todas las Iglesias celebra de manera muy solemne la Natividad de Juan, el Bautista, cuyo nacimiento fue motivo de alegría, como canta el prefacio de hoy. En el rito bizantino es una fiesta importante y se celebra con una gran vigila nocturna.

La fecha de la Navidad del Precursor se escogió en relación a la Navidad de Jesús (seis antes). Todas estas fechas están relacionadas con el 25 de marzo. No se puede demostrar en la historia de la liturgia que estas celebraciones dependen del solsticio de invierno y de primavera. Estos argumentos son ideológicos.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p. 199).

Texto sugerido para orar

“La oración cristiana nace, se alimenta y se desarrolla en torno al evento por excelencia de la fe: el misterio pascual de Cristo. De esta forma, por la mañana y por la tarde, al salir y al ponerse el sol, se recordaba la Pascua, el paso del Señor de la muerte a la vida.

El símbolo de Cristo “luz del mundo” es la lámpara encendida durante la oración de Vísperas, que por eso se llama también lucernario. Las horas del día remiten, a su vez al relato de la pasión del Señor, y la hora Tertia también a la venida del Espíritu Santo en Pentecostés.

Por último, la oración de la noche tiene carácter escatológico, pues evoca la vigilancia recomendada por Jesús en la espera de su vuelta (cf. Mc 13, 35-37).

Al hacer su oración con esta cadencia, los cristianos respondieron al mandato del Señor de “*orar sin cesar*” (cf. Lc 18, 1; 21, 36; 1 Ts 5, 17; Ef 6, 18), pero sin olvidar que, de algún modo, toda la vida debe convertirse en oración. A este respecto escribe Orígenes: “*Ora sin cesar quien une oración a las obras y obras a la oración*” (Sobre la oración XII, 2: PG 11, 452 c).

Este horizonte en su conjunto constituye el hábitat natural del rezo de los Salmos. Si se sienten y se viven así, la doxología trinitaria que corona todo Salmo se transforma, para cada creyente en Cristo, en una continua inmersión, en la ola del Espíritu y en comunión con todo el pueblo de Dios, en el océano de vida y de paz en el que se halla sumergido con el Bautismo, o sea, en el misterio del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”.

*Catequesis sobre los Salmos. San Juan Pablo II, Papa
(2004)*

DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO

“Domingo de la resurrección de la hija de Jairo y de la hemorroisa”.

En la primera lectura la afirmación: *“Dios no ha hecho la muerte”*, distingue la muerte natural, marcada por la finitud de la existencia, de la muerte no natural, la muerte a la vida de la divina, causada por el pecado.

Jesús se manifiesta en el largo Evangelio de hoy como el que da la vida, tanto en la curación de la hemorroisa como en la resurrección de la hija de Jairo.

De la persona de Cristo, ahora unido a su cuerpo, la Iglesia, *“sale una fuerza”*. Los Padres lo han relacionado con los sacramentos de la Iglesia.

El precioso Salmo (no olvidemos que se canta en la Noche de Pascua) la Iglesia, Esposa de Cristo, canta: *“Te ensalzaré, Señor, porque me has librado”*.

El Señor que, por su Pascua, ha cambiado el luto por la muerte en danzas, como las plañideras de la casa de Jairo, como el luto del gran sábado de la sepultura del Señor con el gozo desbordante del día de Pascua.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p. 205).

DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

“Domingo de la predicación de Jesús en Nazaret”.

A los habitantes de Nazaret les supera la persona de Jesús, sus obras y sus enseñanzas. Esto provoca un escándalo entre ellos y la objeción: *“¿No es este el carpintero?”*

Es de notar que en el Evangelio de Marcos, Jesús no es conocido como el *“hijo del carpintero”*, sino él mismo, *“carpintero”*.

Lo mismo que experimentó el profeta Ezequiel y como él todos los profetas, como vemos en la primera lectura.

Sin la fe nada puede hacer Jesús para sus coetáneos.

Los misioneros cristianos deberán experimentar esta situación.

El éxito no es lo decisivo: *“Te hagan caso o no te hagan caso, reconocerán sabrán que hubo un profeta en medio de ellos»* (primera lectura).

En este sentido la segunda lectura completa todo el contenido del Evangelio.

De hecho la única confianza está en la Misericordia de Dios, como canta el Salmo.

La asamblea cristiana canta gozosa en la II antífona de comunión: *“Venid a mi todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré, dice el Señor”*. La comunión eucarística realiza esta presencia del Señor entre nosotros.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p. 209).

DIUMENGE XIV DE DURANT L'ANY

“Diumenge de la predicació de Jesús a Natzaret”.

Als habitants de Natzaret els supera la persona de Jesús, les seves obres i els seus ensenyaments. Això provoca un escàndol entre ells i l'objecció: *“No és el fuster?”*

És de notar que en l'Evangelí de Marc, Jesús no és conegut com el *“fill del fuster”*, sinó ell mateix, *“fuster”*.

El mateix que va experimentar el profeta Ezequiel i com ell tots els profetes, en la primera lectura.

Sense la fe res pot fer Jesús pels seus coetanis. Els missioners cristians han d'experimentar aquesta situació.

L'èxit no és el decisiu: *“Tant si t'escolten com si no t'escolten...han de saber que hi ha un profeta enmig d'ells”* (primera lectura).

En aquest sentit la segona lectura completa tot el contingut de l'Evangelí. De fet l'única confiança està en la misericòrdia de Déu, com canta el Salm.

L'assemblea cristiana canta joiosa a la II antífona de comunió. *“Veni a mi tots els qui esteu cansats i afeixugats, jo us faré reposar, diu el Senyor”*. La comunió eucarística realitza aquesta presència del Senyor entre nosaltres.

(Calendari-Directori Litúrgic de l'Any 2018, Litúrgia fòvenda, p.198).

DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

“Domingo del discurso de la misión”.

Jesús llama a los doce sin ninguna explicación. Estos no se distinguen por ninguna cualidad especial. Reciben la potestad de anunciar el Reino de Dios y expulsar a los espíritus malignos, cosa que sólo pueden hacer si tienen el Espíritu Santo.

Lo suyo no importa, por eso nada deben llevar para el camino ni para realizar su misión. Tampoco se les promete el éxito.

Deben predicar el Evangelio sin nada y a cambio de nada.

La misión de los discípulos será como una especie de ensayo general de la misión que vendría después.

Como Amós, en la primera lectura, que fue expulsado del templo por el poder religioso, también los discípulos si no son escuchados en un sitio, deberán ir a otro.

En la segunda lectura escuchamos el gran himno de la carta a los Efesios, cantado como himno en los lunes feriales y en muchas fiestas a Vísperas.

En la oración colecta se pide: *“Concede a todos los que se profesan cristianos rechazar lo que es contrario a este nombre y cumplir cuánto en él se significa”.*

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p. 214).

DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

“Domingo del rebaño sin pastor”

Así calificó Jesús a la gente que le seguía y, a la vez, se declara a sí mismo como pastor enviado por Dios para reunir y cuidar amorosamente a su pueblo.

Por eso Él debe agotarse y darse hasta el extremo, incluso sin poder descansar.

Jesús se entregará a sí mismo hasta el extremo en la cruz.

Esto contrasta con los malos pastores que con palabras tan duras, que Jeremías denuncia al principio de su oráculo (1ª lectura) y, al mismo tiempo, Jesús realiza el designio de Dios, como *“vástago legítimo de David”* que reúne las ovejas dispersas.

Con razón el Salmo no puede ser otro sino el célebre: *“El Señor es mi pastor, nada me falta”*. Si con Él, el Señor, nada le falta, con Él lo tiene todo.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p. 218).

DIUMENGE XVI DE DURANT L'ANY

“Diumenge de les ovelles sense pastor”.

Així va qualificar Jesús a la gent que el seguia i, alhora, es defineix a si mateix com a pastor enviat per Déu per reunir i cuidar amorosament al seu poble.

Ell ha esgotat-se i donat-se fins l'extrem, fins i tot sense poder descansar.

Jesús es lliurarà a si mateix fins a l'extrem a la creu.

Això contrasta amb els mals pastors que amb paraules tan dures, Jeremies denúncia al principi de la seu oracle en la 1 lectura i, al mateix temps, Jesús realitza el designi de Déu, com *“un rebrot legítim del llinatge de David”* que reuneix les ovelles disperses.

Amb raó el Salm no pot ser altre sinó el cèlebre: *“El Senyor és el meu pastor, no em manca”*. Si amb ell, el Senyor, res li falta, amb ell ho té tot.

(Calendari-Directori Litúrgic de l'Any 2018, Litúrgia fòvenda, p. 207).

DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

“Domingo de la multiplicación de los panes”.

Hoy dejamos el Evangelio de Marco y reemprendemos el Evangelio de Juan con el relato de la multiplicación de los panes.

Esta narración introducirá al discurso del Pan de la vida que escucharemos en los cuatro próximos domingos de manera continuada.

La primera lectura es como una anticipación en el Antiguo Testamento del gran signo o milagro del Mesías. Una vez más el Señor muestra lo que puede hacer con *“lo poco que es nuestro”* con su gracia y así convierte lo poco en una sobreabundancia.

Las referencias son claramente eucarísticas y eclesiales. Aparecen las acciones eucarísticas fundamentales: *“tomar el pan, dar gratis y repartirlo”*. Así el Señor alimenta a su pueblo.

De lo que ha sobrado debe ser recogido, con lo cual llenaron doce canastos.

La Iglesia tendrá una provisión eterna que deberá ser distribuida a todas las generaciones, Se anuncia así la Eucaristía.

La multiplicación de los panes es un signo pre figurativo de ésta.

Cada domingo el Señor parte su pan para nosotros y alimenta a su pueblo y por eso hoy la Esposa Iglesia, contenta, canta en el Salmo: *“Abres tu mano y nos sacias”*.

Y así va formado a la Iglesia como se describe en la segunda lectura: *“Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como es única la esperanza”*.

La finalidad primera de la celebración eucarística es la unidad de la Iglesia. Después del gran signo quieren proclamar rey al Profeta, pero el huye. La realeza de Jesús sólo se manifestará en la cruz, allí se dará no el signo, sino la realidad, del sacramento. Como dice el Canon III: *“Dirige tu mirada sobre la ofrenda de tu Iglesia y reconoce en ella la Víctima por cuya inmolación quisiste devolvernos tu amistad”*.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p. 223).

DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

“Domingo del Pan de Vida (1)”.

Durante cuatro domingos se lee entero el discurso del Pan de Vida del Evangelio de Juan. Hasta cinco veces en el texto de hoy se nombra el “*maná*” como símbolo profético del Pan de la Vida.

Es un don gratuito (bajado del cielo), un viático por el camino.

En este domingo es símbolo de la Palabra de Dios. Es importante en la predicación del discurso eucarístico fijarse en la primera lectura ya que orienta el matiz de cada domingo.

Así en la primera lectura hay el signo del maná: la Eucaristía es para el pueblo de *viatores*, de peregrinos, su sostén, su fuerza, su alimento y signo de que Dios camina con ellos y no los ha abandonado en el desierto. Con razón en el Salmo cantamos: *“El Señor les dio pan del cielo” (Panem de caeli dedisti eis)*.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p. 228).

LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR

Los Padres de la Iglesia, especialmente los de oriente, y la mejor exégesis actual explican el sentido teológico del acontecimiento de la Transfiguración del Señor, de importancia capital, como anticipación del Misterio Pascual y como confirmación de la misión que había recibido en el Bautismo del Jordán.

Al mismo tiempo como anuncio de la transfiguración de nuestra humanidad a semejanza de su cuerpo glorioso. Así el prefacio propio canta: *“para manifestar que, en el cuerpo de la Iglesia entera, se cumplirá lo que, de modo maravilloso, se realizó en su Cabeza”*.

Una vez más todas las Iglesia celebran unánimemente esta fiesta y reencuentran, como mínimo, en la celebración litúrgica la unidad rota.

Gozan de la luz increada, el Espíritu Santo, que se manifiesta en la luz resplandeciente y procedente del interior del cuerpo del Señor, de la voz del Padre y del testimonio de la ley y de los profetas.

Tanto el Padre revela al Hijo, como el Hijo revela al Padre y sólo el Espíritu de ambos nos introduce en su misterio de Amor y en la *“luz tabórica”*.

La clave de interpretación es siempre la misma: la Resurrección del Señor.

El leccionario para los tres ciclos es de una extraordinaria riqueza.

En oriente la Transfiguración del Señor es celebrada con una especial solemnidad. La fiesta se celebra idealmente cuarenta días después de Pentecostés, como cuarenta días después se celebra la exaltación de la santa Cruz.

Todo está bajo el signo de la manifestación de Dios Trinidad.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p. 229).

DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

“Domingo del Pan de la Vida” (2).

Si los judíos murmuraban contra Jesús porque les resultaban insoportables sus palabras, ya que no sabían ni podían saber como lo haría para darnos el Pan de la Vida, la Iglesia no murmura ya que ella lo sabe.

Sabe que para darnos el pan que da la vida tuvo que morir en la cruz: *“El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo”*.

En el contexto de la primera lectura donde Elías se siente morir en el camino hasta que Dios no le prodiga alimento, la Eucaristía es el pan que da la vida para el camino, para el pueblo de *viatores*.

Elías creyó que había llegado al final del camino, pero con el alimento que Dios le proporciona le hace capaz de convertir este final en un comienzo. El Pan que el Señor nos da, a diferencia del maná, da vida y vida eterna: *“yo lo resucitaré en el último día”*.

Jesús se remite en todo al testimonio del Padre. El Pan que él dará, su Cuerpo, será palpable en el sacramento.

En cada Eucaristía, como canta el Salmo, podemos gustar y ver que bueno es el Señor. Un Pan, que ya no es pan, sino especie de pan, presencia adorable del Señor. Que saboreamos como manjar de vida eterna, como *futurae gloriae pignus*.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p. 233)

ASUNCIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA

También hoy de manera sinfónica todas las Santas Iglesias de oriente y de occidente celebran al Señor glorificado en el Espíritu Santo para la gloria del Padre en la memoria de la Asunción gloriosa o tránsito de la siempre bienaventurada Virgen María.

Esta fiesta antiquísima procede de Jerusalén y recibe diversos nombres, ya sea *Kóimêsis* (dormición) o *Análêmpsis* (asunción).

En sustancia celebran el mismo misterio: la glorificación de la Madre de Dios como esperanza de la glorificación de toda la Iglesia en Cristo.

María, fue asimilada total y para siempre a la glorificación del Señor Resucitado.

La que concibió al Verbo de Dios por obra del Espíritu Santo ha sido asunta en la gloria del Hijo en el Espíritu Santo divinizante y glorificada en su condición materna y virginal, cuerpo y alma.

Realmente es una fiesta *maior*. La celebración de los santos Misterios y de la Liturgia de las Horas ofrece un riquísimo tesoro litúrgico, de una extraordinaria profundidad.

Celebremos con gozo la Asunción de la Virgen María.

Nos place transcribir el n° 69 de la *Lumen Gentium*: “*Es motivo de gran gozo y consuelo para este santo Concilio el que también entre los hermanos separados no falten quienes tributan el debido honor a la Madre del Señor y Salvador, especialmente entre los Orientales, que concurren con impulso ferviente y ánimo devoto al culto de la siempre Virgen Madre de Dios. Ofrezcan todos los fieles súplicas apremiantes a la Madre de Dios y Madre de los hombres para que ella, que ayudó con sus oraciones a la Iglesia naciente, también ahora, ensalzada en el cielo por encima de todos los ángeles y bienaventurados, interceda en la comunión de todos los santos ante su Hijo hasta que todas las familias de los pueblos, tanto los que se honran con el título de cristianos como los que todavía desconocen a su Salvador, lleguen a reunirse felizmente, en paz y concordia, en un solo Pueblo de Dios, para gloria de la Santísima e indivisible Trinidad*”.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p. 235)

DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO

“*Domingo del Pan de Vida*” (3).

Esta vez la figura figurativa del Antiguo Testamento es la Sabiduría que invita, en la primera lectura al banquete que ha preparado, cuando “*ya ha mezclado el vino y puesto la mesa*”. Ha preparado el pan y el vino e invita a que coman.

La Sabiduría de Dios, que es Jesucristo, invita también al banquete, en el cual es el Pan vivo bajado del cielo y a beber su Sangre.

Serian necios lo que no lo aceptasen, ya que tendrían vida, una vida que es eterna, que supera infinitamente la vida temporal.

Ante la insensatez de un hombre que quiere darse como alimento para los demás hay la locura del amor de Dios que ha querido que su Hijo se entregara para la vida del mundo.

La Eucaristía de la Iglesia siempre será el memorial vivo de esta donación. Cristo se entregó una vez para siempre en su propio cuerpo, pero se da sacramentalmente infinitamente en la Eucaristía.

Los que reciben el sacramento *vivirán en Él y Él en ellos*, como también *vivirán por Él* como Él vive por el Padre.

Se repite el mismo Salmo que el domingo pasado, ya que el Salmo 33 es el Salmo de comunión por excelencia en todas las liturgias sólo por esas palabras: “*Gustad y ved que bueno es el Señor*”.

A la invitación de la Sabiduría de Dios hay que responder como sensatos y con alabanza, con los cánticos inspirados por el Espíritu, que dice san Pablo en la segunda lectura.

Hoy la homilía de manera mistagógica debe ser una catequesis sobre la Eucaristía.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p. 238)

DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

“Domingo del Pan de Vida” (4).

La asamblea de Siquén y la solemne renovación de la alianza en la primera lectura situa el desenlace del discurso del Pan de Vida en un contexto de la alianza.

Jesús no retira nada de lo dicho e insiste que sus palabras *“son espíritu y vida”*.

Ante Él no es posible la neutralidad. De hecho Judas no es el único que le traiciona, y el Evangelio dice *“que muchos discípulos suyos se echaron atrás”*.

Pedro confiesa la fe de los que quedan, ya que el número no es importante para Jesús y proclama que Él es el *“Santo consagrado por Dios”*, el pontífice de la nueva alianza.

También dice que *“sólo Tú tiene palabras de vida eterna”*.

La fe, al fin y al cabo, es un don de Dios: *“Nadie puede venir a mí si el Padre no lo atrae”*.

Pedro es de éstos y, como él, nosotros que cada Domingo celebramos el Banquete que nos da la vida, vida divina, de gracia.

También en este Banquete se manifiesta que el Señor amó y se entregó a su esposa, la Iglesia, y por la Eucaristía la convierte en *“una Esposa sin mancha”*.

Una entrega del Señor que es irrevocable y que representa el cumplimiento final y definido de las promesas de Dios, incluso la de Siquén en la primera lectura.

El último Domingo de esta serie de Domingos se canta de nuevo el Salmo eucarístico por excelencia, el Salmo 33: *“Gustad y ved que bueno es el Señor”*.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p. 242)

DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO

“Domingo de la tradición de los fariseos”.

En la primera lectura se manifiestan los mandamientos de Dios que muestran su sabiduría incomparablemente más alta que la sabiduría humana.

Jesús en el Evangelio predica el Reino de Dios, al cual se oponen tradiciones y doctrinas sólo humanas. De las cuales hacen ostensión los fariseos y que Jesús recrimina duramente.

La citación solemne del profeta Isaías ocupa el lugar central del fragmento del Evangelio: *“Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí”.*

Ante la nimiedad de las prácticas judaicas de limpieza, Jesús de manera drástica se explicará y esto es válido para los cristianos formulistas de todos los tiempos.

Lo que ensucia realmente el corazón del hombre es lo que sale de su interior, no lo externo.

Lo que sale del corazón que está plantado de la Palabra de Dios que dice Santiago en la segunda lectura aquí hemos sido engendrados en la palabra de la verdad. Una palabra que el Señor ha puesto como ley en nuestros corazones.

No sería bueno, y aún sería peor polemizar e incluso pelearnos por los aditamentos de la tradición y dejar lo realmente esencial.

El combate espiritual cristiano siempre tendrá como objetivo la pureza del corazón. Son estos, los que viven en un corazón puro, los dignos de *“hospedarse en tu tienda”*, de la Iglesia del Señor, como canta y recuerda el Salmo.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p. 248)

DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

“Domingo de la curación del sordomudo”.

El apóstol Santiago menciona en la segunda lectura la reunión litúrgica, *“en vuestra asamblea”* en la cual por el mandamiento divino no debe haber acepción de personas ya que *“los pobres según mundo los ha elegido Dios como ricos en la fe y herederos del Reino”*.

Somos por consiguiente príncipes.

El Evangelio tiene una clara significación litúrgico-sacramental. El Señor con un gesto sacerdotal, mira al cielo y con la palabra *“Effetá”* destraba la boca del mudo y abre sus oídos.

Lo hace con su saliva que contiene su hálito divino. Así el Señor por los sacramentos de la Iniciación cristiana, abre los oídos del creyente para escuchar la Palabra de Dios y su boca para cantar su alabanza.

Es Dios quien abre los labios para cantar su alabanza, como se dice en el Invitatorio, al comienzo de la Liturgia de las Horas.

Tanto el signo como la palabra *“Effetá”* pasó a la liturgia bautismal.

El corazón de la Iglesia canta en el Salmo responsorial: *“Alaba, alma mía al Señor”*.

La gente admirada *“en el colmo del asombro decían: “todo lo ha hecho bien”* que recuerda la bondad de la primera creación: *“Vio Dios que era bueno”*.

El sordomudo anticipa la humanidad nueva, recreada y santificada por el Señor.

La fe y la gracia nos hacen capaces de escuchar la Palabra de Dios, de ser oyentes de la Palabra y oficiantes de una liturgia de alabanza.

El contexto bautismal de la liturgia de la Palabra de hoy se confirma con la antífona de comunión que reza: *“como busca la cierva corrientes de agua”*.

Es el Salmo de la procesión de la noche pascual al baptisterio y de los sedientos de Dios, los cuales sólo se sacian en este mundo con las aguas del Bautismo y con el banquete de la Eucaristía.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p. 255)

DOMINGO XXIV DEL TIEMPO ORDINARIO

“Domingo de la profesión de fe de Pedro”

El apóstol Santiago enseña que la fe sin las obras no es nada. Una fe que proclama Pedro en el Evangelio: *“Tú eres el Mesías”*.

Pero inmediatamente Jesús anuncia su pasión; su misión tiene como horizonte y plenitud de su obediencia al Padre, la Cruz.

Tampoco la palabra de Jesús sería nada sin la obra de la Pasión.

Las obras que autentifican la fe implican el negarse a sí mismo, cargar la propia cruz y seguirle.

El cristiano sabe que la propia cruz forma parte de la que el Señor mismo llevó por todos. Él va delante en la pasión y en la gloria. Estos son los que pueden ir con Él.

Los cristianos somos los que queremos perder la vida por él y por el Evangelio. Es la única manera de salvarla y por eso caminamos: *“en presencia del Señor en el país de los vivos”* (Salmo).

Y la asamblea en la antífona de la comunión canta: *“Que inapreciable es tu misericordia, oh Dios. Los humanos se acogen a la sombra de tus alas”*. Son las alas de los querubines que rodeaban el arca de la gloria de Dios; los cristianos se sienten habitados por la misma gloria y presencia cuando se acercan al altar y reciben el santísimo Cuerpo del Señor.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p. 261)

DOMINGO XXV DEL TIEMPO ORDINARIO

“Domingo del segundo anuncio de la Pasión del Señor”.

El libro de la Sabiduría es una verdadera profecía de la pasión del Señor. Es admirable que el autor sagrado escribiese un guión que siglos más tarde el Señor representaría.

El Señor anuncia por segunda vez en el camino hacia Jerusalén su pasión.

Por eso hoy el Salmo lo canta Jesús unido a la Iglesia: *“El Señor sostiene mi vida”*.

Los discípulos escuchaban, pero no entendían o no querían entender, les daba miedo y por el camino discutían algo tan trivial como quién de ellos era el más importante.

El Señor de manera clara enseña la inversión, el primero debe ser el último. Como Él que en la cruz será el último para ser Hermano de todos.

Es la ley del abajamiento (kénosis) y de la exaltación, clave en la teología de Marcos.

Como escribía la santa de Lisieux: *“Nadie se pelea por ser el último”*.

Jesús entonces hace un signo profético: acerca un niño pequeño y lo abraza. El niño recibía así su bendición y la de toda la Trinidad.

El niño propiamente, le representaba a él, el Hijo amado del Padre.

En la segunda lectura el apóstol Santiago compone un verdadero himno a la Sabiduría. Hay que entender que *“la sabiduría que viene de lo alto”* es el mismo Señor.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p. 266)

DOMINGO XXVI DEL TIEMPO ORDINARIO

“*Domingo de la enseñanza a los discípulos*”.

El Evangelio de hoy tiene dos partes.

Se indica lo tolerable y lo intolerable o inadmisibles. Se admite que alguien en el nombre de Jesús, que no forma parte de la comunidad, haga el bien en su nombre.

Alguien que actúe en su nombre no puede actuar en contra de Él.

Dios puede recompensar incluso un vaso de agua dado en su nombre.

También en la antigua alianza la profecía se daba en el campamento de Israel, más allá del santuario (1ª lectura).

Los cristianos no tienen ni pueden pretender tener el monopolio de Dios que es siempre libertad incondicionada.

Lo intolerable es que alguien dentro de la comunidad escandalice a los más débiles en la fe y los aleje de su nombre.

Como también hay que actuar de manera inmisericorde contra uno mismo cuando se deja seducir por el mal y va donde no debe ir (pies), ve lo que no debe ver para dejarse fascinar (ojos) y actúa como no debe actuar (manos).

El lenguaje es duro, pero naturalmente simbólico.

La 2ª lectura de Santiago desenmascara la riqueza acumulada por la injusticia y el fraude: “*Vuestra riqueza está podrida*”.

En el Salmo la asamblea canta: “*Los mandatos del Señor son rectos y alegran el corazón*”.

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovenada, p. 271)

DOMINGO XXVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

“Domingo del joven rico”.

Jesús urge el desprendimiento de todo para seguirle y dice al joven rico. *“Vende todo lo que tienes”.*

La cuantía no es lo importante, lo decisivo es tener el corazón apegado a las riquezas.

Hay que dejarlo todo, no por menosprecio de los bienes temporales, sino *“por mi y por el Evangelio”.*

Y esto es la sabiduría más grande, como el joven Salomón, que pide al Señor, al inicio de su reinado, el don de la sabiduría.

Pero a él, claro está, le faltaba el modelo de Jesús que enseña que Dios infinitamente rico y que no tiene más riqueza que su Amor, puede hacerse, por amor, pobre por nosotros.

En el Salmo rezamos o cantamos: *“Sáclanos de tu misericordia, Señor, y estaremos alegres”.*

Esa alegría se canta también en el verso del aleluya: *“Bienaventurados los pobres en el espíritu porque de ellos es el reino de los cielos».*

(Calendario-Directorio del Año Litúrgico 2018, Liturgia fovencla, p. 282)

DOMINGO XXIX DEL TIEMPO ORDINARIO

“Domingo de los hijos del Zebedeo”

La petición que hacen a Jesús los hijos del Zebedeo no la rechaza. Jesús les responde otra cosa.

Cuando el Señor les pregunta si pueden bautizarse con el bautismo con que El se bautizará y beber el cáliz que El ha de beber, ellos responden que que si.

Ellos preguntan en presente y el Señor les responde en futuro.

Jesús les promete que participarán sacramental y realmente de la Pasión salvadora de la Cruz.

El Señor hace realidad la profecía del Servidor *“que quiso triturarlo con el sufrimiento”*.

Y han de aprender que *“el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos”*. A diferencia de los *“que son reconocidos como jefes de los pueblos los tiranizan y los grandes los oprimen”*.

El autor de la carta a los Hebreos nos invita a que *“mantengamos firme la confesión de fe”*. Ya que *“no tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo, como nosotros, menos en el pecado”*.

Llenos de confianza y de gozo la Iglesia canta en el Salmo: *“Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti”*.

DOMINGO XXX DEL TIEMPO ORDINARIO

"Domingo del ciego de Jericó"

Es el último milagro de Jesús camino de Jerusalén.

El ciego de Jericó grita en medio de la multitud cuando pasa el Señor. Tiene un gran deseo de poder ver.

Su plegaria, oración, se mantiene en la tradición orante de la Iglesia, de manera muy viva, en la Iglesia de oriente, en la invocación constante del nombre de Jesús: la oración del corazón.

Mucha gente lo hace callar, pero Jesús lo llama y le pregunta: "*¿Qué quieres que te haga?*". El ciego le contestó: "*Rabbuni, que recobre la vista*".

El ciego ve y sigue al Señor.

Quien estaba excluido de la luz, encuentra una luz más grande, la de la fe.

El milagro más grande es este: lo primero que ve el ciego Bartimeo es el rostro de Jesús. Tiene un claro significado bautismal. Recordemos que el Bautismo recibía el nombre de "iluminación" antiguamente.

El ciego es el símbolo e imagen de tantos creyentes que se incorporan a la multitud que, según la profecía de Jeremías aclaman: "*Gritad de alegría*".

Son los que el Señor llama y reúne.

Los que salían llorando, vuelven consolados, porque el Señor les lleva a las aguas del Bautismo.

Son los que habían salido a sembrar llorando y vuelven llenos de alegría cantando con el Salmo: "*El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres*".

TODOS LOS SANTOS

El Espíritu Santo Santo, en tanto que es el amor de Dios, derramado en nuestros corazones (Rm 5.5) santifica constantemente la Iglesia del Señor.

La santidad inaccesible de Dios se ha comunicado por el Hijo y el Espíritu Santo en la Iglesia y en el mundo.

La gracia divina ha precedido, ha acompañado y ha transformado a los que llamamos santos en la gloria.

Hoy realmente es una fiesta eclesial, la Iglesia del cielo (1ª lectura) y la que peregrina en este mundo por los caminos de la santidad revelados por el Hijo, las bienaventuranzas del Reino (Evangelio).

La Iglesia glorificada y peregrina se une a la santa liturgia de hoy para celebrar la santidad de Dios.

El seno del Padre, comunicándose por el Espíritu Santo que el Hijo nos ha entregado, es la fuente de toda santidad.

Realmente todo celebrante debe meditar profundamente el Prefacio propio de hoy para saborear y así poder transmitir el *sensus ecclesiae* de la solemnidad de hoy.

La solemnidad que celebra en un solo "*los méritos de todos los santos*" resplandece, como ninguna otra, con toda la gloria y la luz de la Pascua del Señor.

Se proclama el Evangelio de las bienaventuranzas del Reino. Ellas son como un poema divino que canta los caminos de la bienaventuranza que en el Reino ya consumado será plena.

Son bienaventurados los que escogen estos caminos para vivir. Pero estos caminos empiezan ya ahora, en este mundo.

No hay nada más grande en la liturgia de hoy que los fieles se acerquen a la mesa eucarística cantando las bienaventuranzas. Sólo en comunión con Cristo podemos transitar por los ocho caminos de felicidad.

Una felicidad según Dios, no según el mundo. Y que es expresión de la santidad que ya tenemos en germen, pero plena, desde el Bautismo tal como testimonia san Juan en la 2ª lectura: "*Ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos*".

En la visión poética y simbólica del Apocalipsis se contempla la inmensamente infinita fiesta de los Tabernáculos eternos, la fiesta del cumplimiento último de las promesas, la gozosa "*Pangyris*", la total fiesta.

Participan de ella en número de plenitud (144.000) todos los marcados por el Espíritu que, junto, con los ángeles, los cuatro vivientes (el universo) y los veinticuatro ancianos, (los oficiantes de la liturgia celestial y terrenal) claman: "*¡La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero!*". Todos llevan la túnica blanca del Bautismo, lavada en la Sangre del Cordero. "*todo el que tiene esta esperanza en Él se purifica a sí mismo*", dice la 2ª lectura.

SAN OSCAR ROMERO DE AMÉRICA Y LA LITURGIA

¿Qué tiene que ver el arzobispo Romero y la liturgia? La vinculación de san Oscar Romero de América con la liturgia esencialmente viene de su martirio. El día 24 de marzo de 1984, mientras el santo arzobispo acababa el canon y antes de la doxología las balas le penetraron el pecho y su sangre se mezcló con la Sangre preciosa de Cristo. Dispararon los sicarios de la dictadura militar. El martirio consumó la Eucaristía que celebraba y su comunión con Cristo fue la más alta. Participaba del cáliz que los apóstoles fueron invitados a beber, su vida y su muerte imitó la de Aquel "*que ha venido no a ser servido sino a servir y dar su vida en rescate de la humanidad*". Un rescate que vale la libertad de los hijos de Dios. Mons Oscar Romero, dedicó su vida al servicio del Evangelio en una sociedad marcada por la pobreza y la opresión. Vivió como pastor de la Iglesia el Misterio de la Pascua del Señor no en la teoría teológica, sino en la verdad de su vida y de su muerte.

A menudo todavía creemos que debemos ir a Misa "para que Dios esté contento de nosotros". Dios siempre está contento porque ve en todos la imagen de su Hijo. En la Eucaristía lo más importante no es lo que nosotros hacemos por Dios, sino lo que Él hace por nosotros. Nos da el Hijo en el Amor del Espíritu Santo. De tal manera que es una acción en la que opera toda la Trinidad. Es un torrente de amor que viene del Padre, manifestada en la oblación del Hijo, presente sacramentalmente, y llega a ser en nosotros un dinamismo de amor y pasión por la justicia. En cierto modo cada cristiano se apropia de las palabras de Jesús: "*Este es mi Cuerpo entregado por vosotros*" "*esta es mi vida dada por vosotros*". Esta fue la vida de san Oscar Romero de América, el santo Arzobispo del Salvador.

Cuando era profesor del Instituto Superior de Liturgia tuve ocasión de codirigir académicamente la tesina de un sacerdote de El Salvador sobre el Misterio Pascual en la predicación de Mons Oscar Romero. Fue una ocasión para leer sus homilías. Era una predicación viva. Una entrega de la Palabra al pueblo. No con un discurso gris, sin pregnancia, sino una predicación comprometida y comprometedora. El santo arzobispo desde un amor a su pueblo, desde su situación de dolor, anunciaba la esperanza y el consuelo que vienen del Reino de Dios, consumado en la resurrección de Cristo. Es una Iglesia que acompaña el dolor del mundo.

La predicación cristiana no debería dejar indiferente a nadie. La predicación nunca se improvisa, es carismática ciertamente, pero se autentifica por los pastores que viven con una solidaridad inclusiva con su pueblo. El ministerio de Mons. Oscar Romero constituyó una liturgia ofrecida, en la vida, en el sacramento y finalmente, en la sangre (*in sanguine*).

Ciertamente que la Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la Iglesia, pero también es verdad, que la Iglesia hace el martirio y el martirio hace la Iglesia. La construye, la hace fecunda.

El martirio del santo Arzobispo del Salvador nos enseña que la liturgia es la plenitud de la vida encarnada, como la cruz en relación al ministerio de la vida pública de Jesús. Y que un cristiano que recibe la Eucaristía, en la boca o las manos, no importa, hace entrar a los pobres en su corazón, como un peso, como un dolor. La opción por los pobres no es nunca ideológica, es evangélica. Una Iglesia que celebra la Eucaristía necesariamente está de parte de los pobres y de la justicia. Con razón san Juan Crisóstomo predicaba que la procesión de las ofrendas siempre termina en el altar de los pobres. Esto vivió el santo arzobispo de El Salvador, que él ore por nosotros.

Mn. Rafael Serra.

GAUDETE ET EXSULTATE, gestos y afirmaciones de los Santos

por Juan Esquerda Bifet

Invitación general. N.4: Los santos que ya han llegado a la presencia de Dios mantienen con nosotros lazos de amor y comunión. N.9: La santidad es el rostro más bello de la Iglesia. N.19: Cada santo es una misión; es un proyecto del Padre para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del Evangelio. N.21: Así, cada santo es un mensaje que el Espíritu Santo toma de la riqueza de Jesucristo y regala a su pueblo. N.22: Lo que hay que contemplar es el conjunto de su vida, su camino entero de santificación, esa figura que refleja algo de Jesucristo. N.138: Los santos sorprenden, desinstalan, porque sus vidas nos invitan a salir de la mediocridad tranquila y anestésica.

N.5: *Beata María Gabriela Sagheddu*, que ofreció su vida por la unión de los cristianos.

N.8: *Santa Teresa Benedicta de la Cruz*... «En la noche más oscura surgen los más grandes profetas y los santos. Sin embargo, la corriente vivificante de la vida mística permanece invisible. Seguramente, los acontecimientos decisivos de la historia del mundo fueron esencialmente influenciados por almas sobre las cuales nada dicen los libros de historia».

N.12: El «genio femenino» también se manifiesta en estilos femeninos de santidad... Podemos mencionar a *santa Hildegarda de Bingen, santa Brígida, santa Catalina de Siena, santa Teresa de Ávila o santa Teresa de Lisieux*. Pero me interesa recordar a tantas mujeres desconocidas u olvidadas...

N.20: La contemplación de estos misterios (de Cristo), como proponía *san Ignacio de Loyola*, nos orienta a hacerlos carne en nuestras opciones y actitudes (Ejercicios). (Ver N. 39 y 153 “la memoria agradecida... en su «Contemplación para alcanzar amor»).

N.32: *Santa Josefina Bakhita*, quien fue «secuestrada y vendida como esclava a la tierna edad de siete años... Pero llegó a comprender la profunda verdad de que Dios, y no el hombre, es el verdadero Señor de todo ser humano, de toda vida humana».

N.46: *San Francisco de Asís*... escribió esto a *san Antonio de Padua*: «Me agrada que enseñes sagrada teología a los hermanos con tal que, en el estudio de la misma, no apagues el espíritu de oración y devoción».

N.49: Como enseñaba *san Agustín*, Dios te invita a hacer lo que puedas y a pedir lo que no puedas; o bien a decirle al Señor humildemente: «*Dame lo que me pides y pídemelo lo que quieras*» (Confesiones)

N.52: *San Juan Crisóstomo* decía que Dios derrama en nosotros la fuente misma de todos los dones antes de que nosotros hayamos entrado en el combate (Homilía). *San Basilio Magno* remarcaba que el fiel se gloría solo en Dios, porque «reconoce estar privado de la verdadera justicia y que es justificado únicamente mediante la fe en Cristo» (Homilía sobre la humildad).

N.72: Para *santa Teresa de Lisieux* «la caridad perfecta consiste en soportar los defectos de los demás, en no escandalizarse de sus debilidades» (Manuscrito C). Ver N.145: « De pronto, oí a lo lejos el sonido armonioso de un instrumento musical... Luego posé la mirada en la pobre enferma, a quien sostenía. En lugar de una melodía, escuchaba de vez en cuando sus gemidos lastimeros [...]. No puedo expresar lo que pasó por mi alma. Lo único que sé es que el Señor la iluminó con los rayos de la verdad... no podía creer en mi felicidad» (Manuscrito C).

N.96: Decía *san Juan Pablo II* que «si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse» (Novo millennio ineunte, 49).

N.102: *San Benito*... estableció que a todos los huéspedes que se presentaran en el monasterio se los acogiera «como a Cristo» y que a los pobres y peregrinos se los tratara «con el máximo cuidado y solicitud» (Regla)

N.106: *Santo Tomás de Aquino* ... « la misericordia, que socorre los defectos ajenos, es el sacrificio que más le agrada, ya que causa más de cerca la utilidad del prójimo» (II-II, q.30)

N.107: *Santa Teresa de Calcuta*: «Sí, tengo muchas debilidades humanas, muchas miserias humanas. [...] Pero él baja y nos usa, a usted y a mí, para ser su amor y su compasión en el mundo... » (Cristo en los pobres).

N.117: *San Juan de la Cruz* proponía: «Sea siempre más amigo de ser enseñado por todos que de querer enseñar aun al que es menos que todos»... «Gozándote del bien de los otros como de ti mismo... Procura ejercitarlo más con los que menos te caen en gracia. Y sabe que si no ejercitas esto, no llegarás a la verdadera caridad ni aprovecharás en ella» (Cautelas). Ver N.141: ... decía a un discípulo: estás viviendo con otros «para que te labren y ejerciten» (Cautelas). También, N.148: ... recomendaba «procurar andar siempre en la presencia de Dios... de

acuerdo con lo que le permitan las obras que esté haciendo» (Grados de perfección).

N.121: Cristo transmitió a *santa Faustina Kowalska* que «la humanidad no encontrará paz hasta que no se dirija con confianza a la misericordia divina» (Diario).

N.126: Ordinariamente la alegría cristiana está acompañada del sentido del humor, tan destacado, por ejemplo, en *santo Tomás Moro*, en *san Vicente de Paúl* o en *san Felipe Neri*.

N.141: En varias ocasiones la Iglesia ha canonizado a *comunidades enteras* que vivieron heroicamente el Evangelio o que ofrecieron a Dios la vida de todos sus miembros.

N.149: Para *santa Teresa de Ávila* la oración es «tratar de amistad estando muchas veces a solas con quien sabemos nos ama» (Vida, 8,5)

N.152: El «*peregrino ruso*», que caminaba en oración continua, cuenta que esa oración no lo separaba de la realidad externa: «Cuando me encontraba con la gente, me parecía que eran todos tan amables como si fueran mi propia familia. [...]» (Relatos).

N.155: (Bto) *Carlos de Foucauld*: «Apenas creí que Dios existía, comprendí que solo podía vivir para él» (Carta 14 agosto 1901).

N.162: El *santo cura Brochero*, «¿qué importa que Lucifer os prometa liberar y aun os arroje al seno de todos sus bienes, si son bienes engañosos, si son bienes envenenados?».

N.176: *María* ... ella vivió como nadie las bienaventuranzas de Jesús. Ella es la que se estremecía de gozo en la presencia de Dios, la que conservaba todo en su corazón y se dejó atravesar por la espada...

DOMINGO XXXI DEL TIEMPO ORDINARIO

"Domingo del Shemá Israel, escucha, Israel".

No hay diferencia entre la antigua y nueva alianza entre el primer mandamiento y el otro parecido al primero.

Israel, supo expresar muy bien estos dos mandamientos: *"amarás al Señor, tu Dios y amarás a tu prójimo"*. La diferencia está en lo que responde el Señor: *"y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios"*.

De esta manera sitúa el amor a Dios por encima de todo orden cultural y nos hace comprender que sólo el Señor, en la cruz y en la Eucaristía ha amado a Dios y a los hermanos *"con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser"*. Y nosotros, podemos amar así, por la fuerza del Espíritu Santo que el Señor nos regala.

Esto queda muy bien expresado en la segunda lectura a los Hebreos: *"a los que se acercan a Dios por medio de él, pues vive siempre para interceder a favor de ellos"*.

La Eucaristía de cada Domingo hace presente, ahora y aquí, su sacrificio único en virtud de un sacerdocio eterno: *"Jesús, como permanece para siempre, tiene el sacerdocio que no pasa"*.

El Salmo es precioso porque es el único Salmo de Israel que comienza con estas palabras: *"Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza"*.

Si podemos amar a Dios con todo el corazón y con toda nuestra alma es porque antes el Señor nos ha amado a nosotros con todo su corazón y con toda su alma, en el Hijo y en el Espíritu Santo..

Amar a Dios no es un mandamiento, es una correspondencia.

DIUMENGE XXXI DE DURANT L'ANY

"Diumenge del Shemà Israel, escolta, Israel".

No hi ha cap mena de disparitat entre l'antiga i la nova aliança pel que fa al primer manament i a l'altre, que li és semblant.

Israel, sense parangó, va saber expressar amb paraules tant essencials: *"Estima el Senyor el teu Déu. Estima els altres"*. La única diferència és el que respon el Senyor al mestre de la Llei: *"Estimar Déu i estimar els altres, és millor que tots els sacrificis i totes les ofrenes cremades a l'altar"*.

I d'aquesta manera situa l'amor a Déu per damunt de tot ordre cultural i ens fa comprendre que només el Senyor, en la creu i en l'Eucaristia, ha estimat Déu i als germans *"amb tot el cor, amb tota l'ànima, amb tot el pensament, amb totes les forces"* i només per la donació de l'Esperit nosaltres podem estimar així.

Això queda bellament explicitat a la segona lectura de la carta als Hebreus: *"Per Ell s'acosten a Déu, ja que viu intercedint per sempre a favor d'ells"*.

L'Eucaristia de cada Diumenge fa present ara i aquí el seu sacrifici únic en virtut d'un sacerdoti que no passa mai: *"serà per sempre un sacerdot perfecte"*.

El Salm d'avui és preciós perquè és l'únic Salm d'Israel que comença amb aquestes paraules: *"Us estimo, Senyor, vós m'enfortiu"*.

Si podem estimar Déu amb tot el cor i amb tota l'ànima és perquè abans el Senyor ens ha estimat a nosaltres amb tot el seu cor i amb tota la seva ànima, en el Fill i en l'Esperit.

Estimar Déu no és un manament, sinó una correspondència.

(Calendari-Directori Litúrgic de l'Any 2018, Litúrgia fòvenda, p. 280)

DOMINGO XXXII DEL TIEMPO ORDINARIO

"Domingo de la viuda pobre"

Todas las mujeres que aparecen en el Evangelio manifiestan alguna cosa de santa María, la dichosa, bienaventurada porque ha creído.

El Señor se fija en la mujer pobre que deposita su limosna entrando en el templo. Ha dado no de lo que le sobra, sino de aquello que tiene necesidad.

Vemos un caso de que la que necesita que le hagan caridad, hace caridad. No da, sino que se da ella con todo lo que tiene.

De esta manera se convierte en maestra de la fe de Israel y su gesto la hace ya de la nueva alianza, una cristiana.

Es la última escena de la vida de Jesús antes del discurso apocalíptico y del relato de la misión. Por tanto este episodio, tiene un valor de síntesis de la predicación de Jesús.

Jesús no le dice nada, no intercambia ninguna palabra con ella. Deja que se pierda en medio de la multitud que entraba y salía del templo. Y aquella mujer nunca supo que había merecido la felicitación y la bendición del Hijo de Dios.

La gloria de Dios, como la del Reino, es escondida.

Tampoco el Señor habla de ninguna recompensa: la acción de la mujer pobre es tan brillante que tiene la recompensa en sí misma.

En la lectura de la carta a los Hebreos aprendemos que el Padre da al mundo lo que Él más quiere, su Hijo, para la salvación de todos.

La primera lectura, es también un ejemplo de generosidad hasta el final. Cuando lo hemos dado todo de nuestra parte, entonces Dios se manifiesta como el que *"sustenta al huérfano y a la viuda"*, por eso cantamos en el Salmo, desde lo más íntimo del corazón: *"Alaba, alma mía, al Señor"*.

DOMINGO XXXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

"Domingo del fin del mundo presente"

El Evangelio es ya escatológico. Al grito del arcángel Miguel el pueblo de Dios se salvará cuando el Señor vuelva en la gloria de su Reino (primera lectura).

El Evangelio, después de anunciar los signos anteriores al final, signos espantosos, dice extrañamente que el Señor no viene a juzgar sino a reunir a sus elegidos que vendrán de los cuatro vientos.

Las palabras del Hijo sobrevivirán a la destrucción del cielo y de la tierra.

Son palabras que pasaran sobre nosotros y sobre todas las generaciones: *"El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasaran"*.

Los creyentes nos abrimos a la gran esperanza de la salvación y del Reino consumado.

Hemos de vivir en medio de las vicisitudes de la historia del mundo y de la nuestra, que el Salmo expresa con delicadeza: *"Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti"*.

Tenemos la certeza del sacrificio de Jesús, que, según la carta a los Hebreos, es el único y perpétuo sacrificio. Por este sacrificio nos salvaremos.

DOMINGO XXXIV DEL TIEMPO ORDINARIO:

JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO

La solemnidad de Cristo, Rey del universo, es una fiesta reciente, del siglo XX, año 1925, se inscribe en la gran tradición litúrgica por su contenido bíblico y teológico.

Es el último Domingo del tiempo durante el año y celebra la gloria del Señor Resucitado en el esplendor de su realeza.

Una realeza que El ejerce desde la Cruz, desde el amor entregado.

La antigua interpolación cristiana del Salmo 98: "*Regnavit Deus a ligno*" adquiere todo su sentido.

Cuando los cristianos cantamos los Salmos reales y aclamamos "*El Señor reina, vestido de majestad*" confesamos la Resurrección de Cristo, como en el Salmo responsorial de hoy.

Proclamar que el Señor es Rey es lo mismo que decir el Señor ha Resucitado.

El Señor es Rey del universo por el título de la creación "*ya que por El y para El ha sido creado todo el universo*".

También es Rey por el título de la Redención ya que todo ha sido redimido con su Sangre preciosa. Como proclama el texto del Apocalipsis: "*Al que nos ama, y nos ha liberado de nuestros pecados con su Sangre, y nos ha hecho reino y sacerdotes para Dios, su Padre*".

En una paradoja suprema Jesús, en el Evangelio, proclama, preso y atado, delante de Pilato, su realeza: "*Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad*". Pilato no estaba preparado para discernir lo que pertenece a "*este mundo*" de lo que pertenece "*al testimonio de la verdad*", es decir, al mundo divino,

La segunda lectura del Apocalipsis es la misma que se lee en la Misa Crismal. Es un texto densamente cristológico.

La primera lectura se abre con la venida del Hijo del hombre, el Mesías.

En la celebración de la Liturgia de las Horas se cantan los Salmos reales, especialmente los Salmos 71, 109, 144.

La realeza de Cristo celebrada ya en la Epifanía, en cierta manera el Domingo de Ramos, en este Domingo se amplía en el tiempo, alpha y omega, y en el espacio, Rey del universo. Realmente es el Pantocrator.

El Prefacio propio de la fiesta, de reciente composición, merece un puesto de honor en el tesoro eucológico de la liturgia de la Iglesia Madre.

El Señor vendrá, es "*el que vi venir una especie de hijo de hombre entre las nubes del cielo*", con esta fe y firme esperanza, comenzaremos un nuevo Adviento, un

año nuevo de gracia, en un tiempo que va hacia Dios Trinidad, que nunca vuelve sobre si mismo ni nunca se repite. Todo el tiempo le pertenece como dice la bella estrofa del himno al Señor: "*solus ante saecula spes atque centrum temporum*".